TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

IBSEN

El niño Eyolf

DRAMA

VERSIÓN CASTELLANA DE

JOSE FARRAN Y MAYORAL

1 pta.

19

EL NINO EYOLF

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Halvard Solness.—Versión castellana.

Hedda Gabler. — Versión castellana, de *C. Costa* y *J. M. Jordá.*

Los puntales de la sociedad.—Versión castellana de *José Farrán y Mayoral.*

Un enemigo del pueblo.—Versión castellana de *C. Costa* y *J. M. Jordá.*

Casa de muñeca. —Versión castellana de *A. Palau.*

La unión de los jóvenes.—Versión castellana de *A. Palau y Dulcet.*

El pato silvestre.—Versión castellana de *M. Blanqué y Puig.*

La dama del mar.—Versión castellana de *A. de Vilasalba.*

Espectros.—Versión castellana de *A. de Vilasalba.*

Brand.—Versión castellana de *Pedro Pellicena.*

Rosmersholm.—Versión castellana de *A. de Vilasalba.*

El niño Eyolf. — Versión castellana de *José Farrán y Mayoral.*

Imprenta de F. Badía, Dou 14, Barcelona.

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO - Vol. XXIX

E. IBSEN

EL NIÑO EYOLF

DRAMA EN TRES ACTOS

VERSIÓN CASTELLANA

DE

JOSÉ FARRAN Y MAYORAL

LIBRERIA DE ANTONIO LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA DEL CENTRO, 28.—BARCELONA: : : : : : : : 1905.

PERSONAJES

Alfredo Allmers, propietario, literato, ex-profesor.

Rita Allmers, su esposa.

Eyolf, hijo de ellos, de nueve años.

Asta Allmers, hermanastra de Alfredo.

Borgheim, ingeniero.

La mujer de los ratones.

La acción se desarrolla en la heredad de Allmers, á orillas de un fiord, *situado á poca distancia de una ciudad.*

ACTO PRIMERO

Habitación rica y elegantemente amueblada que dá á un jardín. En el fondo una vidriera que dá acceso á una terraza, más allá de la cual, á lo lejos, se dilata el *fiord* junto á unos cerros poblados de árboles. A la izquierda, una puerta. Otra más grande en segundo término, á la derecha. En primer término, un sofa lleno de almohadas; junto á él una mesita, algunas sillas, y alfombrillas á sus piés. A la izquierda, una mesa y sillones. Encima de la mesa una maleta abierta. Hermosa mañana de verano.

ESCENA PRIMERA

RITA y ASTA —Junto á la mesa de la izquierda, la señora RITA ALLMERS, de espaldas al lado derecho del escenario, va sacando objetos de la maleta. Es una rubia hermosa de treinta años; viste peinador claro. Tras breve pausa entra por la puerta de la derecha la Srta. ASTA ALLMERS. Viste traje de verano de color café claro, sombrero y manteleta; trae sombrilla y bajo el brazo una voluminosa carpeta. Veinticinco años. es bella, mediana estatura, cabello color castaño oscuro, ojos reflexivos.

ASTA.—(*Entrando*) Buenos días, querida Rita.

RITA.—(*Volviendo la cabeza y saludándola con ligero gesto.*) ¡Cómo! ¿tú por aquí tan de mañana? ¿A estas horas has hecho ya un viaje tan largo?

ASTA.—(*Dejando la manteleta, y la sombrilla en una silla al lado de la puerta.*) ¡Estaba muy intranquila esta mañana! No sé que fuerza me atraía hacia tu hijo Eyolf... y hacia ti.

611653

(*Deja la carpeta en la mesita, junto al sofá*) y así, he tomado el vaporcillo y aquí me tienes.

RITA.—(*Mírala sonriéndose*) Por supuesto, habrás tenido algún encuentro agradable... Por pura casualidad, desde luego.

ASTA.—(*Tranquilamente.*) No, no he hallado á nadie (*Viendo la maleta*) ¿Pero que es eso Rita?

RITA.—(*Sigue sacando objetos.*) La maleta de Alfredo ¿No la conoces ya?

ASTA.—(*Con alegría, acercándose á ella*) ¡Cómo! ¿Alfredo está de vuelta?

RITA.—Pues vaya, á media noche ha llegado, cuando yo menos le esperaba.

ASTA.—Eso era lo que yo presentía, lo que me atraía hacia acá. ¿Pero se ha presentado sin avisarte por escrito, sin mandarte ni una postal siquiera?

RITA.—Nada de eso.

ASTA.—¿Ni un telegrama?

RITA.—Eso sí; un telegrama lacónico y frío que he recibido una hora antes de su llegada. (*Sonriéndose.*) Cosas suyas...

ASTA.—¡Verdad es! En esto se echa de ver su carácter reservado de siempre.

RITA.—¡Pero! figúrate que alegría cuando he vuelto á verle.

ASTA.—Ya.

RITA.—Verle dos semanas antes del día para el que yo le esperaba.

ASTA.—¿Y qué? ¿Está bueno? ¿ó trae el semblante triste y abatido?

RITA.—(*Cerrando la maleta y sonriéndose.*) Cuando ha entrado le he visto radiante, como transfigurado.

ASTA.—¿Y no se le notaba cansancio?

RITA.—Sí; me parece que estaba fatigado. y aun te diré que, muy fatigado. ¡Claro,

pobre Alfredo! la mejor parte del camino lo hizo á pie.

ASTA.—Acaso los aires de los *fiaells,* son demasiado fuertes para él.

RITA.—Me parece que no ha tosido ni una vez siquiera.

ASTA.—¿Ves tú como el médico hizo bien en recetarle ese viaje?

RITA.—Si; ahora que ya se ha realizado lo reconozco... pero no sabes tú las angustias que yo he pasado, Asta, aunque yo á nadie hablaba de ellas... y además, como tú venías á verme tan de tarde en tarde.

ASTA —Si, es verdad, yo debiera haber venido con más frecuencia, pero...

RITA.—¡Si! ¡Claro! Como estabas tan ocupada con tu escuela *(Riéndose)* y el señor ingeniero estaba lejos de aquí...

ASTA.—Pero Rita...

RITA.—Bueno, vaya; no hablaré más del ingeniero... ¡Pero tú no puedes figurarte que sola me encontaaba yo sin Alfredo! Todo me parecía vacío, desierto; pues si parecía que había entrado aquí la muerte.

ASTA.—¿De veras? ¿Y eso por seis ó siete semanas de ausencia?

RITA.—Si, pero ya debes saber que hasta entonces nunca nos habiamosseparado; ni una vez tan solo durante tantos años de matrimonio.

ASTA.— Pues precisamente por eso, era ya hora de que saliera un poco á tomar el aire. Cada año debia haberse dado una vuelta por los *fiaells;* eso le convenía mucho.

RITA.—*(Algo sonriente.)* Cuesta poco decirlo. Si yo fuera tan razonable como tú, acaso le hubiera dejado partir más pronto; ¡pero me daba miedo, Asta! ¡Me parecía que

nunca más volvería á ser mio ¿No comprendes tu esto? Dime.

ASTA.—No; sin duda será porque no tengo nadie á quien perder.

RITA.—*(Con sonrisa burlona.)* ¿A nadie, á nadie?

ASTA.—Que yo sepa... no... *(Cambio de tono.)* ¿Pero por donde anda Alfredo? ¿Estará durmiendo todavía?

RITA.—No, no; se levantó muy de mañana como siempre.

ASTA.—Eso es señal de que no estará muy cansado.

RITA.—Si; lo estaba mucho anoche al llegar pero ya habrá descansado bastante... Hace una hora que Eyolf está con él.

ASTA.—¡Pobre chico! ¡Dá lástima verle tan amarillito y siempre metido en el estudio!

RITA.—*(Encogiéndose de hombros.)* Si, pero ya sabes que así lo quiere Alfredo.

ASTA.—Es verdad, Rita; pero tú debieras oponerte á ello.

RITA.—*(Algo impaciente.)* En eso no puedo yo meterme; Alfredo sabe lo que se hace. Por otra parte, ¿que quieres que haga Eyolf de no dedicarse al estudio si no puede jugar como los otros niños?

ASTA.—*(Con acento decidido.)* He de hablar de esto á Alfredo.

RITA.—Eso, eso, Asta; háblale tú y á ver si... ¡Ah, por fin!

ESCENA II

Dichas, ALLMERS y EYOLF. — Alfredo Allmers, en traje de verano, entra por la puerta de la izquierda llevando á Eyolf de la mano. Alfredo tiene unos treinta y seis años, tipo fino y elegante, ojos de dulce mirada, rostro serio y pensativo. Barba y cabello poco abundantes, color castaño oscuro.—Eyolf viste una especie de uniforme con galones y botones dorados. Arrastra la pierna izquierda y se apoya en una muleta. Poco desarrollado, enfermizo, pero de ojos grandes é inteligentes.

ALLMERS. —*(Dejando á Eyolf de la mano y acercándose alegremente á Asta, con los brazos abiertos.)* ¡Asta! ¡Querida Asta! ¿Tú aquí? ¡Que alegría!

ASTA.—Me daba el corazón que te iba á ver. Bienvenido seas Alfredo.

ALLMERS.—*(Estrechándole las manos).* Gracias, gracias.

RITA —¿Verdad que trae excelente semblante?

ASTA.—*(Sin quitar de la vista á Allmers).* ¡Magnífico! ¡Qué mirada tan viva! ¡Y qué! ¿has escrito mucho durante tu viaje? *(Con exclamación de alegría).* ¿Has terminado ya tu libro?

ALLMERS.—*(Encogiéndose de hombros).* ¡El libro! ¡Psé!

ASTA.—Yo creí que apenas salieras de aquí te vendrían ganas de trabajar con ahinco.

ALLMERS.—También yo lo creía pero no ha sido así: el caso es que no he escrito ni un renglón.

ASTA.—¿De veras?

RITA.—Así es; me ha sorprendido mucho el ver que no ha tocado ni á un papel.

ASTA.—¿Pero Alfredo, qué has hecho en todo ese tiempo?

ALLMERS.—*(Sonriente).* Pensar, pensar, pensar...

RITA.—*(Abrazándole).* Pensar un poquito en nosotros que nos habiamos quedado aquí tan solitos?

ALLMERS.—¡Pues ya lo creo! Y no un poquito si no mucho y á todas horas.

RITA.—Mas vale así pues.

ASTA.—Dices que no has trabajado en tu libro y te quedas tan campante y satisfecho? Pues no te ponias antes así cuando no andaba bien tu trabajo.

ALLMERS.—Verdad es. Pero has de saber que antes de ahora yo no era sino un tonto rematado. Lo mejor que en nosotros existe es la idea. Lo que se transmite al papel no vale un comino.

ASTA —*(Con exclamación de sorpresa).* ¿Cómo que no vale un comino?

RITA.—*(Riéndose).* ¿Pero estás loco Alfredo?

EYOLF.—*(Con grave continente).* Sí, papá, lo que tú escribes vale mucho.

ALLMERS.—*(Acariciando la cabeza del niño).* Sea, pues que lo dices tú... Pero creeme, otro vendrá después de mi que lo hará mejor.

EYOLF.—¿Quien será? dime, ¿quien será?

ALLMERS.—Paciencia; él vendrá.

EYOLF.—¿Y entonces, que harás tú?

ALLMERS.—*(Gravemente).* Me volveré á los *fiaells.*

RITA.—Vaya Alfredo, te había de dar vergüenza...

ALLMERS.—Lo dicho; me volveré á las alturas, á los vastos horizontes.

EYOLF.—Oye papá, ¿te parece que tardaré mucho en ponerme fuerte, para acompañarte?

ALLMERS.—*(Con profunda pena).* No, hijo mío pronto sanarás.

EYOLF.—Es que ¡me gustaría mucho poder trepar también á los *fiaells!*

ASTA.—*(Cambiando de conversación)* ¡Pero qué guapo y elegante estás ésta mañana Eyolf!

EYOLF.—¿Verdad que sí, tía?

ASTA.—Pues ya lo creo: sin duda te habrás puesto el vestido nuevo para celebrar la llegada de papá?

EYOLF.—Sí; le he dicho á mamá que me dejara ponermelo. Quería que papá me viera con él.

ALLMERS —*(En voz baja á Rita)*. No debieras vestirlo así, Rita.

RITA.—*(En voz baja también)*. Me lo ha pedido con tanta insistencia, me ha mareado tanto, que he tenido que acceder á sus deseos. No me dejaba tranquila ni un instante.

EYOLF.—Es verdad papá, y Borgheim me ha comprado un arco y me ha enseñado á tirar con él.

ALLMERS.—¡Hola, hola! eso te conviene.

EYOLF.—Asi que venga, le pediré también que me enseñe á nadar.

ALLMERS —¿A nadar? ¿de donde has sacado esa idea?.

EYOLF.—Verás tú: es el caso que todos los chiquillos que juegan en la playa, saben nadar; y yo soy el único que no sabe.

ALLMERS.—*(Emocionado y abrazando suavemente al niño)*. Aprenderás cuanto tú quieras, cuanto te venga en gana.

EYOLF.—¿Sabes lo que más ganas tengo de aprender?

ALLMERS.—No; vamos á ver.

EYOLF —A ser soldado.

ALLMERS.—Hijo ¡tantas cosas hay que valen más que eso!

EYOLF.—Si, pero ya sabes tú que cuando yo sea mayor he de ser soldado.

ALLMERS.—(*Con las manos crispadas*). Sí, si: en fin, allá veremos.

ASTA.—(*Sentándose junto á la mesa á la derecha*) Ven aquí Eyolf, voy á contarte una cosa.

EYOLF.—(*Acercándose á ella*) ¿Que es ello, tía?

ASTA —He visto á la mujer de los ratones. ¿Sabes?

EYOLF.—¡De veras la has visto? ¿no me engañas?

ASTA.—No te engaño, ayer la ví.

EYOLF.—Donde.

ASTA.—En la carretera, al salir de la ciudad.

ALLMERS.—Yo también me encontré con ella una vez, allá arriba en los *fiaells*.

RITA.—(*Sentada en el sofá*) También la veremos nosotros algún día ¿verdad Eyolf?

EYOLF.—Oye tía, ¿verdad que es un apodo chocante: la muger de los ratones?

ASTA.—Llámanla así porque se gana la vida matando las ratas que hay en las casas.

ALLMERS —Debieran llamarla la hechicera.

EYOLF.—Hechicera, eso es una especie de bruja, verdad.

ALLMERS.—(*Dándale un golpecito en la cabeza*). Hola, ¿ya sabes eso?

EYOLF.—(*En tono reflexivo*). Quien sabe si es una hechicera disfrazada, ¿no te parece papá?

ALLMERS.—No creo en tal cosa... Mira, podrías ir al jardin á jugar un rato.

EYOLF.—¿No te parece que sería mejor tomar un libro?

ALLMERS.—¡No, basta de libros! Prefiero que vayas á la playa á jugar con tus amiguitos.

EYOLF.—(*Algo turbado*). No papá, hoy no quiero ir á jurgar á la playa.

ALLMERS.—Y eso, ¿por qué?
EYOLF.—Como llevo este traje...
ALLMERS.—*(Frunciendo el ceño).* ¿Y qué? ¿Son capaces de reirse de .. de tu vestido nuevo?
EYOLF.—*(Sigue turbado).* No, no se atreveran porque yo les puedo.
ALLMERS.—¿Entonces por qué no quieres ir?
EYOLF.—Es que son muy malos aquellos chicos... y además siempre me estan diciendo que no sirvo para ser soldado
ALLMERS.—*(Con rabia contenida).* ¿Y por qué dicen eso?
EYOLF.—Sin duda, por que me tendrán envidía. ¡Claro! ¡como son tan pobres! todos andan descalzos.
ALLMERS —*(En tono lastimero y voz baja).* ¡Ay Rita, estas cosas me destrozan el corazón!
RITA.—*(Levantándose y tratando de sosegarle.)* ¡Vaya, Alfredo, no te pongas asi!
ALLMERS.—*(En tono amenazador.)* ¡Oh, pero ya sabrán algún día esos chiquillos quien es el amo de la playa!
ASTA.—*(Prestando oido.)* Me parece que llaman.
EYOLF.—Será Borgheim.
RITA.—¡Adelante!

ESCENA III

Dichos y LA MUJER DE LOS RATONES, la cual entra despacito por la puerta de la izquierda. Es un ser delgado y encórvado; una viejecita de cabellos cenicientos, de mirada aguda y penetrante. Viste ropa vieja remendada, capota negra y mantón: trae un gran paraguas rojo, y colgado del brazo un saco negro.

EYOLF.—*(En voz baja agarrándose al vestido de Asta.)* Tia, es ella, es ella.
LA MUJER.—*(Saludando desde el dintel de la puerta.)* Muy humilde servidora de uste-

des, señores, ¿hay por ventura animales roedores en esta casa?

ALLMERS.—No creo que los haya.

LA MUJER.—Es que tendré mucho gusto en librarles de ellos.

RITA.—Sí, si, por supuesto. Pero en esta casa no hay tales animales.

LA MUJER.—Lo siento mucho, porque Dios sabe cuando volveré á pasar por aquí. ¡Ay Señor, que cansada vengo!

ALLMERS.—*(Señalándole una silla.)* Si, ya se le echa de ver.

LA MUJER.—Verdad es que no debíamos cansarnos nunca de socorrer á esos pobrecillos seres odiados y perseguidos por todo el mundo. Pero, vaya, estoy derrengada.

RITA.—¿No quiere usted sentarse aquí y descansar un poco?

LA MUJER.—Gracias, no es por despreciar... *(Siéntase en una silla entre la puerta y el sofá.)* Toda la noche he pasado trabajando sin parar.

ALLMERS —¿De veras?

LA MUJER.—Sí; allá al otro lado, en las islas. *(Ríese cloqueando un poco.)* ¡Avisaronme para que fuera! ¡Poco se figuraban lo que les esperaba, pobres animalillos! Han tenido que tragar la píldora. *(Mira á Eyolf moviendo un poco la cabeza.)* Si, si caballerito, han tenido que tragársela.

EYOLF.—*(Algo amedrentado y como á pesar suyo pregunta.)* ¿Porqué?

LA MUJER.—¿Por qué?

EYOLF.—Sí, ¿por qué han tenido que tragarsela...

LA MUJER.—Pues, porque entre ratas y ratoncillos y ratones no dejaban que comer á los habitantes, caballerito.

RITA.—Uy que horror pobre gente ¿tantos ratones había?

LA MUJER.—Por todas partes bullían y hormigueaban. (*Riéndose con íntimo gozo.*) Toda la noche se les oía roer debajo de las camas; se zambullían en las jarras de leche, por todas partes, á diestro y siniestro, rascaban, roían y correteaban.

EYOLF.—(*En voz baja á Asta.*) No iré nunca yo por allí, tía.

LA MUJER.—Entonces fuímos allá, yo y alguien más, y á todos los cogimos sin dejar ninguno. ¡Pobres animalitos! Entre los dos acabamos con ellos.

EYOLF.—(*Dando un grito.*) Ay, mira papá, mira.

RITA.—Hijo ¿qué te pasa?

ALLMERS —¿Qué es eso?

EYOLF.—(*Señalando con el dedo.*) Una cosa que se remueve en el saco,

RITA.—(*Huye hacia la derecha gritando.*) ¡Que miedo! ¡Que se vaya esa mujer, Alfredo!

LA MUJER. — (*Sonriéndose.*) No tenga usted miedo, señorito, es un animalito del Señor.

ALLMERS.—Vamos á ver que es eso.

LA MUJER.—Es Ratonero. (*Abre el saco.*) Vaya querido, sal de ese escondrijo. (*Por la abertura del saco sale la cabeza de un perrito negro de largo hocico.*)

LAMUJER.—(*Meneando la cabeza y haciéndole signos á Eyolf.*) Venga usted acá y no tenga miedo señor soldado herido; no muerde no. Venga acá, venga.

EYOLF.— (*Cogido de la falda de Asta.*) No, me da miedo.

LA MUJER.—Pero ¿no ve usted qué pacífico y que mono es el animalito?

EYOLF.—(*Incrédulo señalando con el dedo.*) ¿Eso es mono, eso?

La mujer.—Si, si, no lo ve usted.

Eyolf.—*(En voz baja sin apartar los ojos del perro.)* Es de lo más horroroso que he visto.

La mujer.—*(Cerrando el saco.)* Ya, ya vendrá usted á verlo; ya vendrá usted á verlo.

Eyolf.—*(Acercándose contra su voluntad y pasando la mano por encima del saco.)* Sea como quiera... es... muy bonito... muy bonito.

La mujer.—*(Con precaución.)* Si, ¡pero está más cansado y fatigado pobrecillo! ¡Y qué cansado está! *(Mirando á Allmers.)* Es que es un oficio atrozmente fatigoso.

Allmers.—¿Cual?

La mujer —El de atraer á los animalitos.

Allmers.—Quiere usted decir que su perro atrae á los ratones ¿no es eso?

La mujer.—Efectivamente. Ratonero y yo trabajamos á la vez; y todo anda á pedir de boca. ¡Si usted le viera! Yo le ato una cuerda al collar y hago que dé tres vueltas por la casa mientras yo voy tocando la sordina. En cuanto ellos la oyen, no pueden menos de acudir, y cátatelos, saliendo de las bodegas, bajando de los graneros, llegando de todas partes ¡animalitos de Dios!

Eyolf.—¿Y el perro entonces los extrangula?

La mujer.—¡Ca! ¡Pues no faltaba más! Entonces nos embarcamos los dos y todos se vienen tras nosotros, los padres y los hijitos.

Eyolf.—¿Y entonces?...

La mujer.—Entonces nos alejamos ambos de la orilla; y mientras yo voy remando y tocando la sordina, él me sigue á nado *(Con los ojos chispeantes)* y todo cuanto carretea y roe nos va siguiendo más y más,

hasta hundirse en lo profundo de las aguas. No hay que decir que tienen que seguirnos á la fuerza.

EYOLF.—¿Y por qué tienen que seguirlos?

LA MUJER.—Porque no quieren seguirnos, justamente; por tener al agua un miedo atroz, han de venir quieras que no.

EYOLF.—¿Y entonces se ahogan?

LA MUJER.—Si, todos sin escapar uno. *(En tono más dulce.)* ¡Lo cual les proporciona un reposo tan bueno una noche tan dulce...! ¡Pobrecitos! no podían desear cosa mejor. Ellos, que siempre han sido perseguidos y odiados por los hombres, pueden asi descansar en prolongado y tranquilo sueño. *(Se pone en pié.)* ¡Ah! en otros tiempos no necesitaba yo á Ratonero; yo sola me bastaba pora atraer...

EYOLF.—¿A quién?

LA MUJER.—A los hombres; á uno de ellos sobre todo.

EYOLF.—Quien era, quien era, digamelo.

LA MUJER.—*(Sonriéndose.)* Era mi amante, rico mio, monín.

EYOLF.—¿Y donde está ahora su amante?

LA MUJER.—*(Con dureza.)* En el fondo de las aguas, con los ratones. *(Recobrando su voz bonachona.)* ¡Ea! volvamos á nuestras tareas. ¡Siempre por esos caminos de Dios! ¿De modo que los señores no me necesitan? Ea, aprovéchense de la ocasión.

RITA.—No, gracias.

LA MUJER.—Quien sabe si algún dia me necesitarán. En fin, si los señores ven por ahí algo que corretee ó roa no tienen más que acordarse de mí y de Ratonero. Adiós, adiós. Servidora de ustedes. *(Sale por la puerta de la derecha.)*

EYOLF —*(Con voz y aire de triunfo.)* Tia, tia, ¡también yo he visto á la mujer de los ratones! *(Rita sale á la galería y se hace aire con el pañuelo. Un instante después, Eyolf se escabulle sin que le vean, por la puerta de la derecha.)*

ESCENA IV

ASTA y ALLMERS.

ALLMERS.—*(Tomando la carpeta que estará sobre la mesa, junto al sofá.)* ¿Es tuya esta carpeta Asta?

ASTA.—Sí, en ella guardo algunas cartas viejas...

ALLMERS.—¿Cartas de familia?

ASTA.—Sí, algunas de aquellas que me rogaste que ordenara durante tu ausencia.

ALLMERS.—*(Acariciándole la cabeza.)* ¿Y has tenido tiempo para ocuparte en eso?

ASTA —Pues ya lo creo. En ello trabajé; primero aquí, luego en mi casa.

ALLMERS.—Gracias querida. ¿Y has hallado algo interesante entre estas cartas?

ASTA.—*(Con indiferencia.)* Psé, siempre se encuentra algo en esta clase de papeles. (*En voz baja y grave.*) Pero lo que guardo mejor en esa carpeta son las cartas de madre.

ALLMERS.—Esas te las guardas, te pertenecen.

ASTA.—*(Esforzándose.)* No; quiero que tú las leas también Alfredo. Cualquier día... más tarde. Porque hoy no tengo la llave de la carpeta.

ALLMERS.—No te empeñes en ello Asta. Nunca leeré las cartas de tu madre.

ASTA.—*(Mirándole de hito en hito.)* Bueno, entonces, alguna tarde serena, vendré yo á referirte lo que dicen.

ALLMERS.—Prefiero eso. Y ahora guárdatelas,

pues pocos objetos guardas como recuerdo de ella *(Da la carpeta á Asta. Esta la toma y la pone en una silla, encima de su manteleta.) (Entra Rita.)*

ESCENA V

Dichos y RITA.

RITA.—¡Uf! Parece que esa maldita vieja ha dejado aquí un hedor de muerte.

ALLMERS.—Sí, emana de ella un no se qué siniestro.

RITA.—Yo casi me ponía enferma de verla.

ALLMERS.—Y con todo, yo comprendo perfectamente la fascinación de que nos ha hablado. Algo semejante á eso se siente allá arriba, en la soledad de las dilatadas mesetas.

ASTA.—*(Mirándolo atentamente)* A tí te pasa algo Alfredo.

ALLMERS.—*(Sonriendo)* ¿A mi?

ASTA.—Sí, á tí te pasa algo. Parece que estás cambiado. También lo ha notado Rita.

RITA.—Sí lo noté en cuanto llegaste. ¿Pero ese cambio será para mejorar, verdad?

ALLMERS.—Así debe de ser sin duda alguna. Estoy seguro de que así será.

RITA.—*(Exclama)* ¡Sí, lo veo, te ha pasado algo durante el viaje! ¡te lo conozco!

ALLMERS.— *(Meneando la cabeza)* No me ha pasado absolutamente nada..... exteriormente, pero...

RITA.—*(Con inquietud)* Pero qué...

ALLMERS.—Pero interiormente, he experimentado, con efecto, cierta transformación.....

RITA.—¡Ay Dios mio!...

ALLMERS.—*(Intentando tranquilizarla y acariciándola una mano)* Para mejorarme Rita mía, no lo dudes.

RITA.—*(Sentándose en el sofá)* Tienes que contarnoslo todo y pronto!

ALLMERS.— *(Volviéndose hácia Asta)* Ven; sentémonos, nosotros también. Procuraré explicaros como mejor sepa, lo que me ha ocurrido. *(Sientase junto á Rita; Asta arrima una silla y se sienta. Pausa corta.)*

RITA.—*(Mirando á su esposo)* Vamos, habla.

ALLMERS.—*(Con la mirada vaga)* Si vuelvo la vista atrás, y considero el modo como se ha cumplido mi destino durante los últimos diez años, ello me parece cosa de cuento ó sueño. ¿No te lo parece á ti también Asta?

ASTA.—Algo así me parece...

ALLMERS.—(*Sigue*) Cuando considero Asta, que tú, y yo, eramos dos pobres seres sin parientes, sin bienes de fortuna...

RITA.—(*Impaciente*) Ea, déjate esas niñerias...

ALLMERS.—*(Sin hacerle caso.)* Y me contemplo aquí bien acomodado, en medio del lujo: he podido satisfacer mi vocación, he podido estudiar, trabajar á mis anchas, *(Tendiendo la mano á Rita)* y esa felicidad tan grande, tan inesperada, á tí la debo amada Rita!...

RITA.—*(Sonriente y azorada al mismo tiempo le dá un golpecito en la mano.)* ¡Vamos cállate!

ALLMERS.—Esto es el prólogo de lo que voy á decir.

RITA.—Bueno, pues hazme el favor de suprimir el prólogo.

ALLMERS.—Pues bien, Rita, si piensas que me decidió á ir á los *fiaells*, el consejo del médico, andas muy léjos de la verdad.

ASTA.—¡No fué por el consejo del médico!

RITA.—¿Entonces, por qué fué?

ALLMERS.—Porqué ya no hallaba en mi trabajo, tranquilidad.

RITA.—¡No hallabas tranquilidad! ¿Y quien te molestaba?

ALLMERS.—*(Meneando la cabeza.)* Nadie si, hablamos de molestias aparentes. Pero sentía yo que malgastaba.. mejor dicho que dejaba sin empleo mis mejores disposiciones; en una palabra, que perdía el tiempo miserablemente.

ASTA.—*(Asombrada.)* Y eso, cuando trabajabas en tu libro.

ALLMERS.—*(Afirmando con la cabeza.)* Si: ¿era aquel el único empleo digno de mis fuerzas? ¿No sería yo capaz de hacer algo mejor?

RITA.—Eso era lo que tan preocupado te traía.

ALLMERS.—Si, sobretodo eso.

RITA.—¿Y eso era lo que hacía que estuvieras descontento de ti mismo, y de nosotras también? No niegues que lo estabas.

ALLMERS.—Allá estaba yo, sentado á mi mesa, pasándome escribiendo dias enteros y algunas noches también, trabajando sin descansar en un voluminoso libro que había de llamarse: «*De la responsabilidad humana.*»

ASTA.—*(Poniéndole una mano sobre un hombro.)* ¿Y ese libro, amiguito, no es la obra de toda la vida?

RITA.—Sí, así lo has dicho en varias ocasiones.

ALLMERS.—Así lo pensaba desde mi adolescencia. *(Con mirada afectuosa.)* Y tú Rita amada, con tu *tesoro encantado* hiciste que yo me pusiera en disposición de llevar á feliz término aquella obra...

RITA.—¡Vamos, cállate!

ALLMERS.—*(Sonriente.)* Haciendo á mi existencia feliz y llenándola de encantos.

RITA.—*(Sonriente y enfadada á la vez.)* Si repites eso, te pego.

ASTA.—*(Con mirada llena de inquietud.)* Bueno, Alfredo, pero ¿y el libro?

ALLMERS.—El libro comenzó poco á poco á apartarse de mi pensamiento. En su lugar y más impetuosa cada vez se despertaba la idea de grandes deberes que cumplir.

RITA.—*(Con semblante lleno de júbilo tomándole una mano.)* ¡Alfredo!

ALLMERS.—Pensé en Eyolf, amada Rita.

RITA.—*(Picada, le suelta la mano.)* Ah... conque pensaste en Eyolf.

ALLMERS.—Cada vez más profundamente, el pobrecito Eyolf ocupaba mi pensamiento. Desde que le ocurrió aquella desgracia, desde que se cayó de lo alto de esta mesa, y sobre todo desde que supimos de un modo cierto que no sanaría jamás.

RITA.—*(Con viveza.)* ¡Acaso no te ocupas de él cuanto te es posible!

ALLMERS.—Como lo haría un maestro de escuela, pero no como un padre debe hacerlo. Y quiero de hoy en adelante ser un padre para Eyolf.

RITA.—*(Mírale meneando la cabeza)* No te comprendo, la verdad.

ALLMERS.—Quiero decir que estoy firmemente resuelto á emplear todos mis fuerzas en aligerarle cuanto me sea posible del peso de su enfermedad.

RITA.—Pero, á mi me parece que á Dios gracias, Eyolf no siente mucho ese peso.

ASTA.—*(Emocionada.)* Sí, Rita, lo siente.

ALLMERS.—Sí, está segura de que lo siente atrozmente.

RITA.—*(Impaciente.)* ¿Pero, vamos á ver, que puedes tú hacer más de lo que haces?

ALLMERS.—Quiero iluminar su alma de niño, desarrollar en ella las riquezas que promete apenas, hacer que florezcan y fructifiquen los nobles gérmenes que hay en ella. *Animándose por grados y poniéndose en pié.*) Y quiero más todavía; quiero ayudarle á medir sus deseos con lo que le es dable alcanzar. Porque en este momento hay desacuerdo entre una cosa y otra; todas sus aspiraciones van encaminadas á objetos inaccesibles para él. Y yo quiero crear en su alma el sentimiento de la felicidad. (*Se pasea un rato por la habitación. Asta y Rita le siguen con la mirada.*)

RITA.—Debías tomarte esas cosas con más sosiego Alfredo.

ALLMERS.—(*Se detiene junto á la mesa de la izquierda y las mira.*) Eyolf debe continuar la obra de mi vida, si quiere hacerlo. A no ser que elija por sí mismo su carrera, lo cual es preferible. De todos modos mi obra esperará.

RITA.—(*Levantándose*) ¿Pero no podrías tú, amado Alfredo, ocuparte de Eyolf sin renunciar á tu propio trabajo?

ALLMERS —Eso es imposible. Yo no puedo partirme en dos. Opto por lo mejor. A Eyolf tocará el ser el hombre más perfecto de mi raza. Trabajar en esa perfección, esa será la nueva obra á que dedicaré el resto de mi vida.

ASTA.—(*Que se ha puesto en pié, se le acerca*) En duro combate te has empeñado antes de tomar tal resolución.

ALLMERS.—Es verdad, he combatido; pero si hubiera permanecido aquí, nunca hubiera logrado triunfar de mi mismo. Nunca me hubiera sometido á tal renuncia, nunca.

RITA.—Entonces, por eso quisiste viajar durante el pasado verano.

ALLMERS.—(*Con los ojos chispeantes*) Sí, y al subir allá arriba hasta las infinitas soledades, al ver al sol naciente iluminar las cimas, al sentirme más cerca de las estrellas, casi en comunión con ellas... he logrado mi propósito.

ASTA.—(*Mirándole tristemente*) ¿Y nunca más trabajarás en tu libro sobre la *responsabilidad humana*?

ALLMERS.—Nunca más, Asta. Repito que no puedo partirme en dos, asignarme dos tareas á la vez. La responsabilidad humana, será de hoy en adelante el principio de mi vida.

RITA.—(*Sonriéndose.*) ¿Y tú crees de veras que podrás perseverar en tan grandes resoluciones ahora que estás de nuevo aquí?

ALLMERS.—(*Tomándole una mano*) Sí, hallándome de acuerdo contigo (*Dando la otra mano á Asta*) y contigo Asta.

RITA.—(*Desprendiendo la mano.*) ¿Con las dos?... ¿Ves como sí puedes dividirte?

ALLMERS —¡Pero, Rita! *(Rita se aparta de él y le vuelve la espalda mirando al jardín.)*

(Se oyen ligeros golpecitos á la puerta de la derecha. Entra el ingeniero Borgheim con paso decidido. Es un joven de treinta años, gallardo, de franca expresión en su semblante, y gesto vivo).

ESCENA V

Dichos y BORGHEIM.

BORGHEIM.—Buenos días, señora. (*Al ver á Alfredo queda parado y dice con gran alegría.)* ¿Qué veo? ¿De vuelta ya señor Allmers?

ALLMERS.—*(Dándole la mano.)* Sí, he llegado esta noche pasada.

RITA.—*(Alegremente.)* Es que Alfredo no tenía permiso para permanecer más tiempo fuera de casa, señor Borgheim.

ALLMERS.—Eso no es cierto Rita.

RITA.—*(Acercándose á ellos)* Si es cierto: sus vacaciones habían terminado ya.

BORGHEIM —Ya veo que trata usted con severidad á su esposo.

RITA.—Me atengo á mis derechos. Y además, todo tiene su término.

BORGHEIM.—No todo, digo... ¿Cómo va, señorita Allmers?

ASTA.—*(Con reticencia.)* Bien, gracias.

RITA.—*(Mirando á Borgheim.)* ¿Decía usted que nó todo tiene su término?

BORGHEIM.—Sí. Estoy convencido de que una cosa por lo menos existe en el mundo que no tiene fin.

RITA.—Sin duda, se refiere usted al amor ó á alguna cosa por el estilo.

BORGHEIM.—*(Con ardor.)* Me refiero á todo lo hermoso que en el mundo existe.

RITA.—Lo cual no tiene fin ¿verdad? Sí, si, pensemos en ello, y pongamos en ello todas nuestras esperanzas.

ALLMERS.—(*A Borgheim.*) ¿Y usted pronto terminará sus trabajos ¿verdad? Supongo que pronto acabará de construirse la carretera.

BORGHEIM.—¡Sí terminé ya! Ayer quedó todo listo: tiempo ha tardado, pero gracias á Dios ha sido una de las cosas que tienen fin.

RITA.—Según parece le contenta á usted eso mucho.

BORGHEIM.—¡Vaya si me contenta!

RITA.—Sí ¿eh? ¡me gusta!...

BORGHEIM.—¿Por qué así, señora?

RITA.—Porque no está bien que usted diga eso señor Borgheim.

BORGHEIM.—¿De veras? ¿puede saberse por qué?

RITA.—Porque una vez terminadas las obras no podrá venir usted aqui con tanta frecuencia como venía.

BORGHEIM.-Es verdad. No había caido en ello.

RITA.—¡Pero... vamos! eso no impedirá que venga usted á vernos de vez en cuando.

BORGHEIM.—Por desgracia no podré volver hasta pasado bastante tiempo.

ALLMERS.—¿Por qué?

BORGHEIM.—Porque acaban de encargarme de un trabajo importante, en el que debo ocuparme sin pérdida de tiempo.

ALLMERS.—¿De veras? (*Apretándole la mano,*) ¡Me alegro con toda el alma!

RITA.—Mi enhorabuena, señor Borgheim.

BORGHEIM—Pero silencio ¿eh? se trata de un secreto que no me es dado divulgar. Pero ahora no he podido contenerme. Trabajo arduo: una carretera que hay que construir allá muy lejos, en el Norte. ¡Hay que atravesar muchos *fiaells*. y vencer grandísimas dificultades! (*Con entusiasmo.*) ¡Ah! que hermoso es el mundo, y que admirable es el oficio de abrir caminos!

RITA.—(*Sonriéndose maliciosamente.*) Y hemos de atribuir solo á esa nueva carretera el buen humor que tiene usted esta mañana.

BORGHEIM.—No solamente á eso: es que además, pienso en los mil risueños horizontes que se dilatan ante mis ojos.

RITA.—(*En el mismo tono.*) De modo que... hay una cosa mejor todavía?

BORGHEIM.—(*Lanzando á Asta una mirada.*) ¡Puede ser que sí!... Cuando la felicidad viene á nosotros de pronto, es como un to-

rrente de primavera! (*A Asta.*) ¿Señorita Allmers, quiere usted que demos un paseito como de costumbre?

ASTA.—(*Con viveza.*) No, gracias. Ahora no... hoy no...

BORGHEIM.—¿Por qué no? aunque no sea más que una vueltecita. Es que... tengo que decirle á usted muchas cosas antes de marcharme.

RITA.—Cosas que no puede usted decir todavía en público ¿verdad?

BORGHEIM.—¡Psé! según y como...

RITA.—¡Bueno! pues las dice usted al oido. (*En voz baja.*) Vamos Asta haz lo que te pide.

ASTA.—Ay Rita...

BORGHEIM —(*Implorando.*) Señorita Asta, piense usted que va á ser este el último paseo que demos hasta quien sabe cuando.

ASTA.—(*Tomando el sombrero y la sombrilla.*) Bueno, si usted quiere daremos una vuelta por el jardín.

BORGHEIM.—Oh ¡gracias! ¡gracias!

ALLMERS.—De paso háganme el favor de ver si anda por ahi Eyolf.

BORGHEIM.—Tiene usted razón; ¿por dónde andará Eyolf? Precisamente le traía un regalito.

ALLMERS.—Estará jugando por ahí.

BORGHEIM.—Toma, ¿conque jugando? cosa rara en él que tiene por costumbre pasarse las horas en un rincón, leyendo.

ALLMERS.—De aquí en adelante no será así, porque quiero que viva al aire libre.

BORGHEIM.—¡Mejor será! Necesita el aire como los demás, pobrecillo. Lo mejor que podemos hacer en este pícaro mundo, es jugar siempre. Por mi parte considero la vida

como un juego muy grande!... ¿Vamos, señorita Asta? *(Borgheim y Asta salen á la galería)*

ESCENA VII

ALLMERS y RITA.

ALLMERS.—*(Siguiéndoles con la mirada.)* Me parece que hay algo entre estos dos, ¿verdad Rita?

RITA.—¡Qué sé yo! Eso me parecia también; pero de algún tiempo á esta parte se ha puesto Asta tan rara que no sé que pensar de ella.

ALLMERS.—¿Ah sí? Y eso ¿ha sido mientras yo estaba fuera?

RITA.—Sí, hace quince días que comencé á notárselo.

ALLMERS.—¿Y te parece que ella siente inclinación por él?

RITA.—No creo que esa inclinación sea seria, entera, irrevocable. *(Mirándole atentamente)* ¿Si así no fuera te causaría disgusto?

ALLMERS.—Disgusto... no. Pero sí inquietud.

RITA.—¿Inquietud?

ALLMERS.—Sí; porque hay que tener presente que yo soy responsable de la suerte de Asta, de su felicidad.

RITA.—Responsable... Asta es ya mayor de edad. Puede hacer lo que crea conveniente ¿no es eso?

ALLMERS.—Asi debe ser.

RITA.—Yo no tengo á Borgheim en mala opinión.

ALLMERS.—Yo tampoco Rita, pero...

RITA.—Y me gustaría mucho verle casado con Asta.

ALLMERS.—*(Impaciente.)* ¿Y eso por qué?

RITA.—*(Cada vez más emocionada.)* Porque se

iría lejos de aquí y no vendría como ahora viene.

ALLMERS.—*(Con asombro.)* ¿Cómo? ¿quieres deshacerte de Asta?

RITA.—Sí, Alfredo.

ALLMERS.—¿Pero por qué, vamos á ver, por qué?

RITA. — (*Apasionadamente rodeando con sus brazos el cuello de Allmers.)* Porque por fin serías para mí sola, pero, no; tampoco entonces serías todo para mí. *(Rompiendo á llorar convulsivamente.)* ¡Ay Alfredo, Alfredo, yo no puedo renunciar á tí!

ALLMERS —*(Desprendiéndose suavemente.)* Vamos Rita, no seas así.

RITA.—¡Ay! ¡Quiero serlo! Nada del mundo me importa sino tú. *(Abrazándose á él.)* Tú, tú solo.

ALLMERS.—¡Hija por favor... que me ahogas!

RITA.—*(Dejando de abrazarle.)* ¡Ay, si yo pudiera hacerlo! (*Con la mirada encendida.*) ¡Si supieras lo que te he odiado!

ALLMERS.—¡Odiarme tú...!

RITA —Sí, te odiaba al verte ahí, á tu mesa de trabajo durante horas enteras (*Reprobándole)* ¡Qué horas tan largas! ¡Ay, Alfredo como odiaba tu trabajo!

ALLMERS.—Bueno, pues ya ha terminado para mí aquella ocupación; no se hable más de ella.

RITA.—(*Con amarga sonrisa.* No; pero es que ahora ocurre algo peor todavía.

ALLMERS.—(*Indignado.*) ¿Peor todavía? ¿Te refieres al niño?

RITA.—(*Con violencia.)* Sí, al niño me refiero. En cuanto á nuestras relaciones, el niño es peor que el libro todavía. El niño es algo que vive, que se agita. *(Con creciente apa-*

sionamiento.) ¡Pero eso no lo sufriré yo, Alfredo! ¡Te digo que no lo sufriré!

ALLMERS.—(*Con voz apagada mirándola.*) A veces me da miedo de tí Rita.

RITA.—(*Con expresión sombría*) A menudo me da miedo de mi misma. Por esto te digo que lleves cuidado con lo que haces. Que lleves cuidado con despertar lo malo que en mí existe.

ALLMERS.—Pero vamos á ver. ¿Cuándo hice yo lo contrario?

RITA.—Lo hiciste cuando rompiste el vínculo sagrado que existia entre nosotros.

ALLMERS.—(*Recalcando lo que dice.*) ¿Pero no te haces cargo que estás hablando de tu propio hijo, de nuestro único hijo?

RITA.—¿Mi propio hijo? Lo es á medias no más. (*Con recrudecimiento de pasión.*) ¡Pero es menester que tu seas para mi sola! ¡Tengo derecho á exigírtelo!

ALLMERS. — (*Encogiéndose de hombros.*) ¿De qué te sirve exigirlo? ¿Y el libre albedrío?

RITA.—(*Mirándole con angustia.*) ¿Y tu libre albedrío no se inclina á mis deseos?

ALLMERS.—No es posible. Yo debo dividirme entre tú y Eyolf.

RITA.—¿Y si Eyolf no hubiese nacido? ¡Habla!

ALLMERS.—(*Evasivamente.*) Eso es distinto. En tal caso no hay duda, sólo podía amarte á tí.

RITA.—(*Con voz temblorosa.*) En tal caso quisiera no haberle puesto en el mundo.

ALLMERS.—(*Horrorizado.*) ¡Rita, no sabes lo que te dices!

RITA.—(*Temblando de emoción.*) He sufrido atrozmente dándole á luz, pero todo lo soporté con alegria por tu amor.

ALLMERS.—(*Con ternura.*) Si, si ya lo sé.

RITA.—(*Con voz firme.*) ¡Ea, se acabó! Quiero vivir contigo; sin restricciones. No tengo

bastante con solo ser la madre de Eyolf. ¡No quiero... ni puedo! Quiero serlo todo, para ti, Alfredo, ¡todo!

ALLMERS.—Pero si ya lo eres Rita. Por nuestro hijo estamos...

RITA.—¡Todo eso son palabras huecas! ¡No basta eso! Yo he sido creada para convertirme en madre, no para ser madre. ¿Lo entiendes? Hay que tomarme como soy.

ALLMERS.—Y á pesar de eso hasta ahora has amado tú á Eyolf.

RITA.—Porque me daba lástima de él. El verte con él tan frío é indiferente; al ver que no pensabas sino en hacerle leer y aplicarse al estudio, y entonces apenas si le veías...

ALLMERS.—Verdad es, entonces estaba ciego. No era hora todavía...

RITA.—¿Y ahora es hora ya?

ALLMERS.—Sí, por fin. Hoy veo que no hay para mi deber más alto que, el de ser un padre de veras para Eyolf.

RITA.—¿Y para mí ¿qué vas á ser para mí?

ALLMERS.—(*Con suavidad.*) Seguiré amándote con amor íntimo y profundo. *(Tratando de cogerle una mano.)*

RITA.—(*Apartando la mano que él intenta cogerle.*) ¡Bonito amor! ¡Yo quiero que seas todo para mi, solo para mi como en nuestros primeros dias de pasión y deleites; (*Con voz dura é irritada.*) No me contento con las sobras de nadie, Alfredo.

ALLMERS.—(*Con dulzura.*) Me parece que tendríamos felicidad suficiente para los tres, Rita!

RITA.—(*Con ironía.*) ¡Qué sobrío eres! (*Sentándose junto á la mesa de la izquierda.*) Oye un momento.

ALLMERS.—Vamos á ver, ¿qué?

RITA.—*(Mirándole con ojos empañados.)* Cuando recibí anoche tu telegrama...

ALLMERS.—Sí, ¿qué?

RITA.—Me puse el vestido blanco.

ALLMERS —Ya vi que vestías de blanco.

RITA.—Dejé sueltos mis cabellos...

ALLMERS.—Tus hermosos cabellos perfumados...

RITA.—Que me inundaban hombros y espalda.

ALLMERS.—Bien lo vi, Rita, bien lo ví. ¡Qué hermosa estabas!

RITA.—En los quinqués había pantallas de color de rosa. Y ambos nos hallábamos solos. Solos en la casa en que todo dormía. En la mesa había *champañ.*

RITA.—No bebí de él.

RITA —*(Mirándole llena de amargura.)* Es verdad. (*Con sonrisa estridente*) «El *champañ* estaba allí, más tú no bebiste de él» como dice la canción. (*Se levanta del sillon y con paso cansado va á sentarse en el sofá.)*

ALLMERS.—(*Atravesando la habitación se coloca frente á ella.*) ¡Es que, me ocupaban tan graves pensamientos! Estaba preparándome para hablar de lo que debe ser nuestra vida en lo porvenir, y antes que nada de Eyolf.

RITA.—*(Sonriéndose.)* Ya lo hiciste querido.

ALLMERS.—No, no pude decirte lo que quería, porque comenzaste á desnudarte.

RITA.—Sí y mientras yo me desnudaba, tú hablándome de Eyolf. ¿Te acuerdas? Me preguntabas como andaba su estómago.

ALLMERS.—*(Con mirada de reproche.)* ¡Rita!

RITA.—Después te acostaste y te quedaste profundamente dormido.

ALLMERS.—*(Meneando la cabeza.)* ¡Rita¡ ¡Rita!

RITA.—*(Acabando de tenderse en el sofá y mirando á su esposo.)* Oye Alfredo.

ALLMERS.—¿Qué quieres?

RITA.—«El *champañ* estaba allí, más tú no bebiste de él.»

ALLMERS.—(*Casi brutal.*) No, no bebí de él. *(Se aparta de ella y se queda mirando al jardín. Rita queda inmóvil un instante, con los ojos cerrados).*

RITA.—(*Levantándose de un salto.)* ¡Ah! ¡pero ten presente una cosa Alfredo!

ALLMERS.—*(Volviéndose hacia ella.)* ¿Qué?

RITA —Que haces mal en creerte seguro.

ALLMERS.—Que hago mal en...

RITA.—Sí, te cuidas muy poco de mí, y tienes en mí demasiada confianza.

ALLMERS.—(*Acercándose á ella.*) ¿Qué quieres decir?

RITA.—*(Con los labios temblorosos.)* Nunca, ni con el pensamiento te he sido infiel, Alfredo, ¡nunca! ¡ni un instante!

ALLMERS.—Ya lo sé Rita. Harto te conozco para dudar de ti.

RITA.—*(Con ojos centelleantes.)* ¡Pero si tú me tienes en poco ..

ALLMERS —¡Tenerte yo en poco! ¿pero á qué viene eso?

RITAt—¡Ah! tú no sabes lo que en mí podría desencadenarse si. .

ALLMERS.—¿Si... qué?

RITA.—Sí algún dia me convenciera de que te soy indiferente,de que no me quieres como antes.

ALLMERS.—Pero amada Rita, toda relación humana se transforma con el tiempo. Es efecto. de una ley á la que todos estamos sometidos.

RITA.—Pero no yo, ni tú tampoco. No quiero que tú te transformes, ¡que no lo quiero Alfredo! Quiero tenerte para mí sola.

ALLMERS.—(*Con mirada inquieta.*) ¡Eres celosa por naturaleza!

RITA.—No puedo ser de otra manera. (*En tono amenazador.*) Y si compartes tu amor conmigo y con alguien más quien quiera que sea...

ALLMERS.—¿Entonces, qué?

RITA.—¡Yo me vengaré, Alfredo!

ALLMERS.—¿Y cómo vas á vengarte?

RITA.—No sé... ¡Ah! ¡si, si, que lo sé!

ALLMERS.—¡Veamos como!

RITA.—Disponiendo de mi persona como mejor me parezca.

ALLMERS.—Como mejor te parezca...

RITA.—Sí entregándome á... al primero que se presente.

ALLMERS.—(*Mirándola con ternura meneando la cabeza.*) Nunca harás tú semejante cosa mi honrada. mi altiva Rita.

RITA.—(*Rodeando con sus brazos el cuello de Allmers.*) Ay, no puedes tu figurarte lo que yo haría si... te apartaras de mi.

ALLMERS.—Rita, ¿cómo puedes pensar ni por un momento que yo puedo apartarme de tí?

RITA.—(*Dejando de abrazarle y en tono de semiburla.*) Podría cobrar lo que se me debe, á ese ingenierillo que viene á visitarnos.

ALLMERS.—(*Tranquilizándose.*) Gracias á Dios, ya veo que hablas en broma.

RITA.—No, no. Con él ó con otro, lo mismo dá.

ALLMERS.—Pero él ya está comprometido.

RITA.—Mejor que mejor. Se lo quitaré á la otra. ¿No es eso lo que ha hecho Eyolf conmigo?

ALLMERS.—¿Pero es posible qne digas cosa semejante de nuestro hijito?

RITA.—¡Lo ves! ¡lo ves! no puedes pronunciar el nombre de Eyolf sin conmoverte, sin

que te tiemble la voz. *(Con voz amenazadora y apretando los puños.)* ¡Ay! si hasta desearía que... ¡Ea!...

ALLMERS.—*Con ansiosa mirada.)* ¿Qué desearías Rita?...

RITA.—(*Impetuosamente apartándose de él.*) No, no quiero decírtelo. No te lo diré, no.

ALLMERS.—(*Acercándose á ella.*) ¡Rita! ¡por tu dicha y por la mía te ruego que no te dejes arrastrar por malos pensamientos!

ESCENA VIII

Dichos, BORGHEIM y ASTA.—Borgheim y Asta vuelven del jardín, con semblante serio é inquieto. Se nota que hacen por dominarse. Asta se queda en la galería. Borgheim entra en el salón.

BORGHEIM.—¡Ea! ya hemos dado nuestro paseíto.

RITA.—(*Notando algo en él.)* ¿Ah, sí? ¿y no seguirá al paseo algún viaje largo?

BORGHEIM.—Por mi parte si.

RITA.—¿Solamente por su parte?

BORGHEIM —Solamente.

RITA.—*(Con mirada sombría á Alfredo.)* ¿Oyes lo que dice? *(A Borgheim)* Apuesto á que ha habido sortilegio de por medio.

BORGHEIM —(*Mirándola)* ¿Sortilegio?

RITA.—(*Afirmando con la cabeza.)* Sortilegio sí.

BORGHEIM.—¿Usted cree en sortilegios señora Allmers.?

RITA.—Si, de algún tiempo á esta parte. Hay niños que los traen consigo.

ALLMERS.—Rita. (*En voz baja, indignado.*) ¡Es posible!...

RITA.—(*A media voz.*) Tú haces que yo sea mala Alfredo. *(Oyese á lo lejos hacia el* fiord *tumulto y gritería.)*

BORGHEIM.—(*Acercándose á la ventana.*) ¿Qué ruido es ese?

ASTA.—(*En la puerta.*) ¡Miren, miren, cuanta gente se precipita hacia el embarcadero!

ALLMERS.—¿Qué habrá sucedido? (*Mirando á fuera.*) ¡Ya habrán hecho algunas los chiquillos!

BORGHEIM.—(*Inclinándose sobre la baranda, grita:*) ¡Eh, niños! ¿qué sucede? (*Oyese el rumor confuso de la respuesta.*)

RITA.—¿Qué dicen?

BORGHEIM.—Que se ha ahogado un niño.

ALLMERS —¿Un niño?

ASTA.—(*Inquieta.*) Dicen que ya era un mocito.

ALLMERS.—No hay cuidado, todos saben nadar á maravilla.

RITA.—(*Con exclamación de angustia.*) ¿Dónde está Eyolf?

ALLMERS.—Vamos, cálmate! ¡cálmate! Eyolf está jugando en el jardín.

ASTA.—No, en el jardín no está.

RITA.—(*Alzando los brazos.*) ¡Ay, quiera Dios que no sea él!

BORGHEIM. (*Hablando con los de abajo.*) ¿Cómo decís que se llama el niño? (*Se oyen claramente las respuestas. Borgheim y Asta lanzan un gemido y bajan rápidamente al jardín.*)

ESCENA IX

ALLMERS y RITA.

ALLMERS.—(*Conteniendo su angustia.*) ¡No! Rita! ¡no es Eyolf!

RITA.—(*Escuchando desde la galería á los de abajo.*) ¡Psit! ¡cállate! ¡quiero saber lo que dicen! (*Y de pronto se precipita en la habitación dando un grito desgarrador.*)

ALLMERS.—(*Corriendo á ella.*) ¿Qué han dicho?

RITA.—(*Cayendo medio desmayada junto al sillón de la izquierda.*) ¡Han visto flotar la muleta!

ALLMERS —*(Rígido de espanto.)* ¡No! no, no!

RITA.—*(Con voz ronca.)* ¡Eyolf! ¡Eyolf! ¡hay que salvarlo!

ALLMERS.—(*Enloquecido.*) Sí, sí. ¡Hay que salvar esa preciosa existencia! ¡Hay que salvarla! (*Vase y atraviesa corriendo por el jardín.*)

TELON

ACTO SEGUNDO

Rincón de bosque en la propiedad de Allmers. Pequeña barranca cerca de la playa. A la izquierda, algunos árboles añosos extienden sus ramas por encima de la rambla ó barranca; á la derecha, algunos árboles aislados entre cuyos claros se descubre el *fiord*. En el fondo, en las lindes del bosque, desciende de la colina y se pierde entre las piedras una corriente de agua. Un sendero se prolonga junto á la corriente. En la orilla del *fiord*, se ve un cobertizo en el cual está amarrada una barca En la izquierda á la sombra de los árboles añosos, una mesa, un banco y algunas sillas hechas con delgados troncos de abedul. La atmósfera está pesada, lluviosa, cargada de niebla.—Allmers, vestido como en el acto primero, sentado en un banco y apoyando los codos en la mesa, en la que ha dejado el sombrero. Absorto, mira con ojos inmoviles al *fiord*. Tras una pausa llega Asta por el sendero del fondo, con un paraguas abierto.

ESCENA PRIMERA

ASTA y ALLMERS.

ASTA —(*Acercándose despacito á Allmers*). No debías permanecer aquí, con esta niebla. (*Cerrando el paraguas*) Ando buscándote hace rato. (*Allmers menea lentamente la cabeza sin responder.*)

ALLMERS.—(*Con voz opaca.*) Gracias.

ASTA.—(*Arrimando una silla y sentándose junto á él*) ¿Hace mucho que estás aquí?

ALLMERS.—(*Tras una pausa.*) ¡Ah! mi cabeza estalla. ¡No puedo dar crédito á la realidad! me parece imposible.

ASTA.—(*Conmovida apoyando una mano en el brazo de Alfredo*) ¡Pobre Alfredo!

ALLMERS.—(*Mirándola.*) ¿Es cierto aquello Asta? ¿Acaso me he vuelto loco ó estoy soñando? ¡Ay si no fuera más que un sueño! ¿Qué alegría, verdad, si ahora despertara!

ASTA.—¡Cuánto daría yo por poder despertarte!

ALLMERS.—(*Mirando el agua.*) ¡Qué despiadado parece estar hoy el *fiord*! Ante nosotros se dilata, somnoliento, pesado, de color azul con reflejos amarillentos, reflejando las sombrías nubes que pasan por encima de él.

ASTA.—(*Con voz suplicante.*) ¡Por Dios Alfredo, no mires tanto al *fiord*!

ALLMERS.—(*Sin escucharla.*) Sí, así está en la superficie. Pero en el fondo hay una corriente rápida, impetuosa...

ASTA.—(*Angustiada*) ¡Ay Dios de mi vida! no pienses en lo que hay en el fondo Alfredo!

ALLMERS.—(*Mirándola tiernamente.*) ¿Pero, tú crees que reposa ahí enfrente? Pues no, Asta, te engañas. No tienes en cuenta la violencia que lleva la corriente en ese sitio, la cual pronto lo arrastra todo hacia el mar.

ASTA.—(*Apoyando la cabeza en la mesa, sollozando, con la cara entre las manos).* ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ALLMERS.—(*Con voz lúgubre.*) ¡El pobre Eyolf está muy lejos, muy lejos de nosotros!

ASTA —(*Con mirada suplicante.*) ¡Ay Alfredo, no digas esas cosas!

ALLMERS.—Tú que tan experta eres en calcular, podrías sacar la cuenta y adivinar don-

de estará ahora... Vamos á ver,... en veintiocho... veintinueve horas...

ASTA.—*(Dando un grito y tapándose los oídos).* ¡Alfredo!

ALLMERS.—*(Con la mano crispada sobre la mesa.)* ¿Pero qué significación crees tú que tiene todo esto Asta?

ASTA.—*(Mirándole.)* ¿A qué te refieres?

ALLMERS.—Al daño que se nos ha hecho á Rita y á mí.

ASTA.—¿Qué significación?...

ALLMERS.—*(Impaciente)* Una significación sí; una significación; alguna debe tener: la vida, la existencia, el destino, no pueden hallarse vacíos de significación.

ASTA.—¿Y qué sabemos nosotros, querido Alfredo, ni quien puede explicárnoslo?

ALLMERS.—*(Con amarga sonrisa.)* Verdad es, sin duda tienes razón. Acaso todo ello no anda sino á la aventura, como abandonado despojo. Posible es que así sea, porque de ello tiene todas las apariencias.

ASTA.—*(Pensativa.)* Y si no fueran más que apariencias...

ALLMERS.—*(Con violencia.)* ¡Qué! ¿serías capaz por ventura, de ponerme esto en claro? ¡Yo renuncio á hacerlo! *(Calmándose.)* Ya lo ves: Eyolf á punto de entrar en la vida consciente; en él se reunen incalculables, acaso preciosísimas disposiciones; pronto iba á colmar mi existencia de dicha y de noble orgullo... y basta con que una vieja loca se presente y le muestre un perro encerrado en un saco...

ASTA.—La verdad es, que ignoramos como ha ocurrido todo ello.

ALLMERS.—No; bien lo sabemos; los niños le vieron como se apartaba de la orilla; viéronle después al cabo del embarcadero,

como iba siguiéndo á la vieja con la mirada presa de una especie de alucinación (*Con voz temblorosa.)* Y entonces cayó... desapareció...

ASTA.—Sí, sí .. pero...

ALLMERS.—Ella lo atrajo hacia el abismo, puedes creerlo á pies juntillas.

ASTA.—¿Pero por qué causa? ¿por qué iba á hacer eso aquella mujer?

ALLMERS.—¡Ah!.. ¡eso es lo que no sabemos! No se trata de una expiación; Eyolf no tenía que expiar nada, ni había hecho á la vieja daño alguno; nunca se había burlado de ella ni había arrojado piedras á su perro porque ayer los vió por vez primera; así no hay tal expiación, ni tal motivo, ni razón alguna con que explicar todo esto; y con todo ahí tienes, son estas, cosas que entran en el orden universal.

ASTA.—¿Has hablado de esto á Rita?

ALLMERS.—*(Meneando la cabeza.)* Prefiero hablar contigo de esto... *(Dando un profundo suspiro.)* Y de todo lo demás también... *(Asta saca de su bolsillo alfileres, hilo y un paquetito envuelto en papel. Allmers la mira distraído.)* ¿Qué es eso Asta?

ASTA.—*(Tomando el sombrero de Allmers.)* Un poco de gasa.

ALLMERS.—¡Para qué!

ASTA.—Rita me lo ha pedido. ¿Quieres que te la ponga?

ALLMERS —Haz lo que quieras; poco me importa. *(Asta pone la gasa en el sombrero.)* ¿Dónde está Rita?

ASTA.—Me parece que en el jardín con Borgheim.

ALLMERS.—*(Algo sorprendido.)* ¡Cómo, Borgheim aquí otra vez?

ASTA.—Si; ha llegado en el tren de las doce.

ALLMERS —Nunca lo hubiera imaginado.
ASTA.—(*Sigue cosiendo.*) No ves que Borgheim quería tanto á Eyolf.
ALLMERS.—Borgheim es un amigo fiel.
ASTA —*(Con tranquila emoción.)* Sí, un amigo fiel.
ALLMERS.—(*Mirándola.*) Y tú le amas de veras.
ASTA.—Es cierto.
ALLMERS —Y sin embargo no puedes determinarte á...
ASTA. —(*Interrumpiéndole.*) ¡Alfredo, no hablemos de eso!
ALLMERS —No, no; dime no más por qué no puedes...
ASTA —¡Por favor Alfredo! no me preguntes nada respecto á ese asunto. No sabes la pena que me causa... Mira, ya está listo el sombrero.
ALLMERS.—¡Gracias!
ASTA —Pero no hemos terminado todavía; falta poner unas gasas en el brazo izquierdo.
ALLMERS.—¿También en el brazo?
ASTA —Sí, es costumbre.
ALLMERS.—Bueno, haz lo que te parezca. (*Asta hace lo indicado.)*
ASTA.—Ten quieto el brazo, porque puedo pincharte.
ALLMERS —Ya estamos como en otro tiempo. *(Sonriendo)*
ASTA.—¿Verdad que sí, Alfredo?
ALLMERS.—Cuando eras niña cuidabas como ahora de mis prendas de vestir.
ASTA.—Vaya; ponía en ello mis cinco sentidos.
ALLMERS.—Y casualmente lo primero que cosiste para mi fué una gasa también.
ASTA.—¿De veras?

ALLMERS.—Sí, en mi gorra de colegial; cuando padre murió.

ASTA.—No me acuerdo de nada en absoluto.

ALLMERS —Claro que no; eras tan pequeña!

ASTA.—Es verdad, era yo muy pequeña todavía.

ALLMERS.—Dos años después, cuando murió tu madre, me cosiste como ahora, una cinta de gasa en la manga.

ASTA.—Claro, porque me parecía que así debía hacerse.

ALLMERS.—(*Acariciándole la mano.*) Y hacías bien, Asta, al quedarnos solos en el mundo... ¿Has terminado ya?

ASTA.—Sí. *(Alzando aguja é hilo.)* De todos modos fué una época muy feliz la que pasamos, viviendo solos.

ALLMERS.—Sí, fué una época feliz, por más que el trabajo que llevábamos era duro...

ASTA —Para ti lo era

ALLMERS.—*(Más animado.)* ¡Oh! tú también sufrías á tu manera. (*Sonriendo.)* Mi amado y fiel... Eyolf.

ASTA —¡Ea! no debieras acordarte de aquella broma ridícula.

ALLMERS.— Bueno, pero si hubieras sido muchacho te hubieras llamado Eyolf.

ASTA.—Si, es verdad... ¿Te acuerdas de cuando comenzaste á estudiar? *(Sonriendo sin querer.)* ¡Qué niño eras todavía!

ALLMERS.—¿Era yo el más niño de los dos?

ASTA.—¡Pues ya lo creo!... Luego te avergonzabas de no tener un hermano y si una hermana tan solo.

ALLMERS.—¡Pero si no era yo el que se avergonzaba! ¡Si eras tú!

ASTA.—Si, un poquito también; además, si me daba pena me parece que era por ti.

ALLMERS —También lo creo así. Y entonces,

un día que encontramos un traje mio de cuando era más chico ..

ASTA —¡El traje de los días de fiesta! ¿Te acuerdas de aquella blusa azul y aquellos pantaloncitos?

ALLMERS —*(Contemplándola un rato.)* ¡Que si me acuerdo! Pues si parece que te veo andando de acá para allá con aquel traje puesto.

ASTA.—Bueno, pero eso era nada más cuando estábamos solos en casa.

ALLMERS —¡Y con qué seriedad lo hacíamos! Yo te llamaba siempre Eyolf.

ASTA.—Oye, Alfredo, ¿no le has contado nunca esto á Rita?

ALLMERS.—Si; creo que un día se lo conté.

ASTA.—¿Pero como pudiste...?

ALLMERS.—Es que, verás tú; á la esposa se le cuenta todo ó casi todo.

ASTA.—Según dicen. sí.

ALLMERS.—(*Como despertándose de pronto y oprimiéndose la frente se pone en pié de un salto.)* ¡Ah...! pensar que estoy aquí charlando, cuando...

ASTA.—*(Con mirada inquieta.)* ¿Qué te pasa Alfredo?

ALLMERS.—Lo había olvidado casi. ¡Lo había olvidado!

ASTA.—¿A Eyolf?

ALLMERS.—Si; ahí me estaba yo reviviendo en mis recuerdos, y él no tomaba parte en ello.

ASTA.—Si, Alfredo; detrás de todo aquello, estaba Eyolf.

ALLMERS. — No, no. Había desaparecido de mi mente, de mi corazón. Un instante estuve sin verlo, mientras estábamos ahí sentados charlando. Durante todo ese tiempo lo había olvidado.

ASTA.—Bien, pero necesitabas descansar en tu dolor.

ALLMERS.—No, no, no puedo descansar; lo tengo prohibido. No tengo derecho á ello, ni corazón tan duro para hacerlo. (*Se dirije á la derecha presa de fuerte agitación.*) No debo hacer más sino estar donde está él, en ese *fiord* que le arrastra en el fondo de sus aguas.

ASTA.—(*Agarrándose á él.*) ¡Alfredo! ¡Alfredo! No vayas al *fiord*.

ALLMERS.—Debo ir, ¡suéltame! Voy á desatar la barca.

ASTA.—(*Horrorizada.*) ¡Te digo que no vas al *fiord*!

ALLMERS.—(*Cediendo.*) Bueno, no iré. Suéltame.

ASTA.—(*Llevándole cogido hasta la mesa.*) Ven Alfredo; siéntate ahí y tranquiliza tus pensamientos.

ALLMERS.—(*Quiere sentarse en el banco.*) Bueno, como quieras.

ASTA.—No, ahí no.

ALLMERS.—Si, déjame.

ASTA.—¡No, no quiero! Desde ese sitio no harías más que mirar al *fiord*. (*Lé obliga á sentarse en una silla, de espaldas al fiord.*) (*Sentándose ella en el banco*) Y ahora volvamos á nuestra charla.

ALLMERS.—(*Suspirando hondamente.*) Ay, sí; se siente grande alivio adormeciendo un instante los duelos y las penas.

ASTA.—Hay que hacerlo así, Alfredo.

ALLMERS.—¿Pero no te parece que soy debil y cobarde al hacerlo?

ASTA.—De ninguna manera. Nadie debe estar dando vueltas y vueltas, sin parar, alrededor de una misma idea.

ALLMERS.—Sí, bien lo comprendo; antes de

que llegaras, estaba yo ahí mortificándome atrozmente. Pues bien, en medio de tan agudo dolor...

ASTA —Sí...

ALLMERS.—¿Querrás creerlo, Asta?

ASTA.—Sigue ..

ALLMERS.—Pues, en medio de todas aquellas torturas, he visto con sorpresa que pensaba en lo que tendríamos hoy para comer.

ASTA.—(*Tranquilizándole*) ¡Y eso qué! con tal que te sirva de alguna distracción...

ALLMERS.—Claro, algo me ha distraído. *(Dándole la mano.)* ¡Que feliz soy teniéndote á mi lado, Asta! ¡Siento una satisfacción más grande en medio de mi dolor!...

ASTA.—*(Mirándole con seriedad.)* Ante todo debes sentirte dichoso por poseer á Rita.

ALLMERS.—Eso desde luego. Pero entre Rita y yo no hay parentesco alguno; esa satisfacción es muy distinta de la que me proporcionas tú, que eres mi hermana.

ASTA —*(Con mucha atención.)* ¿Lo crees así Alfredo?

ALLMERS.—Sí, algo hay en nuestra familia que nos diferencia de las demás. *(Casi en broma.)* ¡Nuestros nombres comienzan todos con vocales sonoras! ¿Te acuerdas de las veces que hemos hablado de esto? En nuestra familia todos somos pobres; además tenemos todos, los ojos del mismo color.

ASTA.—¿Crees que mis ojos?...

ALLMERS.—No; tú no más te pareces á tu madre; no te pareces á ninguno de nosotros; ni tan solo á padre. Sin embargo...

ASTA.—Sin embargo qué...

ALLMERS.—Creo que nuestra vida en comunidad, nos ha dado cierto parecido, en lo moral, se entiende.

ASTA.—*(Muy emocionada.)* No digas eso, Al-

fredo; yo he sido quien ha recibido de tí ese parecido que dices, pues á tí debo toda la felicidad de que gozo.

ALLMERS.— *(Meneando la cabeza.)* Nada me debes Asta. Al contrario yo...

ASTA.—¡Todo lo debo á tí. Debes estar de acuerdo conmigo, pues todo sacrificio por mí te ha parecido poco.

ALLMERS. — *(Interrumpiéndola.)* ¡Sacrificios! ¡No digas eso! Te he amado con ternura desde pequeñita, y nada más. *(Pausa corta.)* Y además me parecía que á ello me obligaban ciertas faltas que era menester reparar.

ASTA.—*(Sorprendida.)* ¿Faltas dices?

ALLMERS.—No cometidas por mí sino por...

ASTA.—*(Muy atenta.)* ¿Por quién?

ALLMERS —Por nuestro padre.

ASTA —*(Poniéndose en pié.)* ¡Nuestro padre! *(Volviéndose á sentar.)* ¡Explícate Alfredo!

ALLMERS.—Padre no se portó nunca bien contigo.

ASTA.—*(Con viveza.)* ¡Oh! no digas eso.

ALLMERS.—Es la verdad, Asta. Padre no te amaba, al menos, como debiera amarte.

ASTA.—*(Evasivamente.)* No... acaso no sentía por mi tanto afecto como por tí. Pero eso era muy natural.

ALLMERS.—*(Continuando.)* Además á menudo se mostraba muy duro para con tu madre; al menos en los últimos años de su vida.

ASTA.—*(Quedo.)* Ten presente que mi madre era más, mucho más joven que él.

ALLMERS.—¿Crees tú que no eran el uno para el otro?

ASTA.—Acaso no.

ALLMERS. — Bueno, pero de todos modos... padre, tan bueno de ordinario, de tan

buen corazón, tan afable para con todo el mundo ..

ASTA. —(*Quedo.)* Madre, tampoco se portó siempre como debiera portarse.

ALLMERS.—¿Tu madre?

ASTA.—Me parece que no siempre...

ALLMERS.—¿Para con padre?

ASTA.—Si.

ALLMERS.—Nunca noté tal cosa.

ASTA.—(*Conteniendo el llanto y poniéndose en pié.)* ¡Ay, querido Alfredo dejemos á los muertos que descansen en paz! *(Pasa á la derecha.)*

ALLMERS. —*(Levantándose también.)* Si, que descansen en paz. *(Retorciéndose las manos.)* Pero es que ellos, los muertos, no nos dejan en paz á nosotros, Asta; ni de dia ni de noche.

ASTA.—(*Mirándole tiernamente)* Alfredo, todo lo mitigará el tiempo.

ALLMERS.—*(Con angustiosa mirada.)* También te lo parece á tí ¿verdad? ¿Pero cuando veré yo el término de estos primeros dias de tortura? (*Con voz enronquecida.*) Nunca; es imposible.

ASTA.—(*Con voz suplicante, colocando las manos sobre los hombros de Alfredo.)* Te suplico que vayas á unirte con Rita.

ALLMERS.—*(Con viveza. dando un paso atrás.)* No, no, no. No me hables de ella, no puedo. *(Algo más sosegado.)* ¿Quieres estarte conmigo otro poquito?

ASTA.—Si, no me apartaré de tí.

ALLMERS.—(*Tomándole la diestra y apretándola.*) ¡Gracias! (*Mira al* fiord *un rato.*) ¿Donde estará ahora mi Eyolf pequeño? (*Con triste sonrisa.*) ¿Puedes decírmelo tú, mi grande mi discreto Eyolf? (*Meneando la cabeza.*) No, nadie en el mundo podría de-

círmelo. Solo sé de él una cosa horrible; que le he perdido.

ASTA.—(*Mirando á la izquierda y soltando la mano que le tenía cogida Alfredo.*) Aquí vienen.

ESCENA II

Dichos, RITA y BORGHEIM, que bajan por el sendero. Rita va delante. Viste de negro, y trae la cabeza cubierta con denso velo Borgheim trae un paraguas bajo el brazo.

ALLMERS.—(*Yendo á recibir á Rita.*) ¿Como te encuentras Rita?

RITA.—(*Sin pararse, sigue andando.*) Ay, no me lo preguntes.

ALLMERS.—¿Quá te trae por aquí?

RITA.—Venia en busca tuya. ¿Qué es de tí, qué haces?

ALLMERS.—Ya lo ves... Asta ha venido aquí á verme...

RITA.—Sí pero ¿y antes de que viniera Asta?... No te he visto en toda la mañana.

ALLMERS.—Aquí me estaba contemplando el *fiord*.

RITA.—¡Oh! pero ¿como es posible que...

ALLMERS.—(*Impaciente.*) Mira, en este momento solo quiero una cosa: estar solo.

RITA.—(*Yendo de un lado para otro llena de inquietud.*) Sí, siempre solo, inmóvil, sentado en el mismo sitio.

ALLMERS.—¿Pero tengo algo más que hacer en el mundo, dí?

RITA.—Por mi parte no estoy bien en ningún sitio, y mucho menos aquí enfrente del *fiord*.

ALLMERS.—Pues á mi precisamente me atrae.

RITA.—(*A Borgheim.*) ¿No le parece á usted que debía Alfredo venirse con nosotros?

BORGHEIM —*(A Allmers.)* Me parece que sería lo mejor que podía hacer.

ALLMERS.—No, no, dejadme aquí, lo prefiero.

RITA.—En ese caso, yo me quedaré aquí contigo Alfredo.

ALLMERS.—Por mi puedes quedarte. Y tú también Asta.

ASTA.—*(En voz baja á Borgheim.)* Dejémoslos solos.

BORGHEIM.—*(Con mirada significativa.)* Señora Allmers, ¿quiere usted que Asta y yo demos un paseo por la playa? Esta será la última vez definitivamente.

ASTA.—*(Tomando el paraguas.)* Vamos, si, pero una vueltecíta nada más. *(Asta y Borgheim se van y desaparecen detrás del cobertizo.)*

ESCENA III

ALLMERS y RITA.—Allmers va de un lado para otro; luego se sienta en una piedra, en primer término á la izquierda bajo los árboles.

RITA.—*(Yendo á colocarse ante él, con los brazos colgantes y las manos entrelazadas.)* Alfredo, ¿puedes acostumbrarte á la idea de haber perdido á Eyolf?

ALLMERS.—*(Con la vista fija y lúgubre semblante.)* Menester es que nos acostumbremos á esa idea.

RITA.—Yo no puedo, y menos todavía con esa visión horrorosa que me perseguirá toda la vida.

ALLMERS. —*(Alzando la vista.)* ¡Qué visión! ¿Qué has visto?

RITA.—Yo nada he visto, pero me han contado una cosa que... ¡Horror!

ALLWERS —Vamos dilo pronto...

RITA.—Supliqué á Borgheim que me acompañara hasta el embarcadero.

ALLMERS.—¿A qué ibas allá?

RITA.—A preguntar á esos niños lo que había pasado.

ALLMERS.—Pero si ya lo sabíamos todo.

RITA.—Ahora sabemos bastante más.

ALLMERS.—¿Qué es ello?

RITA.—No es cierto que se sumergiera enseguida...

ALLMERS.—¿Eso dicen ahora?...

RITA.—Sí, le han visto tendido en el fondo del *fiord*, en lo más hondo, bajo el agua transparente.

ALLMERS.—*(Crugiendo de dientes)*. ¡Y no le han salvado!

RITA.—Sin duda no podian.

ALLMERS.—¡Y todos ellos, todos, saben nadar! ¿Cómo estaba cuando le vieron? ¿Te lo han dicho?

RITA.—Sí, ¡le han visto boca arriba, con los ojos muy abiertos!

ALLMERS.—¿Con los ojos abiertos! ¡inmóvil?

RITA.—Sí; inmovil. Después vino algo así como una oleada que se lo llevó; llaman á eso un remolino.

ALLMERS.—*(Meneando lentamente la cabeza)*. Esa será pues, la última imagen que de él habrá quedado.

RITA.—*(Conteniendo èl llanto)*. Sí.

ALLMERS.—*(Con voz lúgubre)*. ¡Y ya nunca más... nunca mas se le volverá á ver!

RITA.—*(Lamentándose)* De noche y día le veré ante mi, tal como yacía en el fondo del agua.

ALLMERS.—Con los ojazos abiertos.

RITA.—Sí; con los ojazos abiertos. ¡Yo lo veo! ¡Yo lo veo ante mi!

ALLMERS.—(*Levantándose y mirándola con mirada fría y amenazadora*). Eyolf llevaba consigo un sortilegio ¿verdad Rita?

RITA.—*(Palideciendo).* Sorti...

ALLMERS.—(*Avanzando amenazador hacia ella*). Ese niño que miraba desde el fondo del agua ¿llevaba consigo algún sortilegio, di?

RITA.—*(Retrocediendo)* ¡Alfredo!...

ALLMERS.—(*Siguiéndola*). Responde.

RITA.—*(Dando un grito).* ¡Alfredo! ¡Alfredo!

ALLMERS.—Ya tienes lo que tanto deseabas Rita.

RITA.—¡Yo! ¡yo deseaba!...

ALLMERS.—Que no existiera Eyolf.

RITA.—¡Eso nunca! que no se pusiera entre nosotros, eso deseaba yo.

ALLMERS.—Bueno, pues ya no se interpone.

RITA.—*(En voz baja, con la mirada fija).* ¡Quizá ahora nos separa más que nunca! *(Con extremecimiento de terror).* ¡Horror, que visión tan atroz!

ALLMERS.—*(Afirmando con la cabeza).* Sí, si el sortilegio.

RITA.—*(Retrocediendo horrorizada).* ¡Alfredo, déjame! ¡Me das miedo! ¡Nunca te había visto así!

ALLMERS.—*(Mirándola, con mirada severa y fría).* ¡El dolor me hace ser malo!

RITA.—(*Como retándole y temiéndole al mismo tiempo).* Eso me pasa á mi precisamente. *(Allmers pasa á la derecha y contempla el* fiord. *Rita se sienta junto á la mesa. Pausa corta).*

ALLMERS.—(*Volviendo la cabeza hacia Rita*). Nunca le amaste con toda tu alma. ¡Nunca!

RITA.—(*Friamente, dominándose*). Eyolf no me ha pertenecido nunca por entero.

ALLMERS.—Porque nunca has querido que te perteneciera.

RITA.—Ay si, vaya si hubiera querido, pero alguíen había entre nosotros, tiempo hacía.

ALLMERS. —*(Volviéndose completamente hacia ella.)* ¿Era yo ese?

RITA.—¡Oh, no! Tú viniste después.

ALLMERS.—*(Acercándosele.)* ¿Quién era pues?

RITA.—La tia del niño.

ALLMERS —¿Asta?

RITA.—Si Asta, fué el primer obstáculo que hallé en mi camino.

ALLMERS.—¿Por qué dices eso, Rita?

RITA.—Porque es la verdad. Asta le ha tomado para si desde el dia... desde el dia del accidente

ALLMERS.—Si lo hizo fué por amor.

RITA.—*(Con violencia.)* ¡Eso es! Y como yo no puedo sufrir que el amor se comparta... ni quiero compartir con nadie.

ALLMERS.—A nosotros tocaba compartirnos su amor.

RITA.—*(Con mirada irónica.)* ¡Nosotros! Pero es que si bien se mira, tú tampoco le has querido nunca.

ALLMERS.—*(Sobrecogido mirándola.)* ¿Que yo no le he ..

RITA.—No. Primeramente estabas absorvido por tu libro... aquel libro sobre la responsabilidad.

ALLMERS.—*(Con energía)*. Lo estaba si; pero recuerda que ese libro lo sacrifiqué á Eyolf.

RITA.—*(Irónica.)* Vaya, que no le abandonaste por amor á Eyolf

ALLMERS.—¿Pues si no fuera por él lo habría yo abandonado?

RITA.—Si porque ya comenzabas á dudar de ti mismo, de tu grande vocación.

ALLMERS.—*(Con mirada penetrante.)* ¿Te parece haber notado eso?

RITA.—Si, poco á poco fuí notándolo. Entonces, para dar empleo á tu vida, tuviste que

buscar otro fin... Según parece no tenías suficiente conmigo.

ALLMERS.—Esa es la ley de transformación, Rita.

RITA.—Por eso quisiste hacer del pobrecillo Eyolf un fenómeno.

ALLMERS.—No, no quería yo eso. Yo quería hacer de él un ser feliz y nada más.

RITA.—Pero no por amor á èl. Penetra en tí mismo. *(Con mirada temerosa.)* Examina bien lo que se oculta en el fondo de todo esto.

ALLMERS.—*(Evitando la mirada de Rita.)* Hay una cosa de que preferirías no hablar.

RITA.—Y tu también lo prefirirías.

ALLMERS.—(*Mirándola pensativo*). Si lo que tú piensas es cierto, nuestro hijo, á decir verdad, nunca ha sido nuestro.

RITA.—No, nunca han existido lazos de amor verdadero entre él y nosotros.

ALLMERS.—Y á pesar de eso le lloramos tan amargamente...

RITA.—(*Con pesadumbre*). ¿Verdad que es singular que lloremos así á un hijo que ha sido un extraño para nosotros!

ALLMERS.—(*Con violencia*) ¿Un extraño? ¿Como puedes decir semejante cosa!...

RITA.—*(Meneando tristemente la cabeza)*. Nunca hemos sabido captarnos á nuestro hijito, ni tú ni yo.

ALLMERS.—(*Retorciéndose las manos*). Y ¡ahora ya es muy tarde! ¡demasiado tarde!

RITA —¡Ay, que desesperación!...

ALLMERS.—(*Con brusco sobresalto*). ¡Y todo ello por tu culpa!

RITA.—¡Por mi culpa!

ALLMERS.—¡Si, por tu culpa! ¡Por tu culpa le pasó lo que le pasó! ¡Por tu culpa no pudo salvarse!

RITA.—Alfredo... no hay que darme á mi toda la culpa.

ALLMERS.—(*Cada vez más fuera de sí*). Si, si, sin pensar que era un niño de pocos meses le dejaste encima de la mesa.

RITA.—¡Le ví durmiendo tan tranquilo!... Y además como tú me habías prometido que tendrías cuidado de él...

ALLMERS —Si, te lo había prometido. (*Bajando la voz*). Pero tú viniste y me atrajiste hacia tu habitación...

RITA.—(*Con mirada de reto*). Dí, mejor que tu te olvidaste del niño y de todo.

ALLMERS.—(*Con furor contenido.*) Si, todo lo olvidé... (*En voz más baja.*) en tus brazos.

RITA.—(*Indignada.*) ¡Alfredo! ¡Alfredo! lo que estás diciendo es abominable.

ALLMERS.—(*En voz baja enseñándole los puños apretados.*) Aquella fué la sentencia de muerte del pobre Eyolf. Tú fuiste quien lo condenó.

RITA.—(*Fuera de sí.*) ¡En ese caso tú también!

ALLMERS —Está bien. Cárgame con la culpa que quieras. Uno y otro fuimos criminales; y la muerte de Eyolf ha sido de todos modos un castigo.

RITA.—¿Un castigo?

ALLMERS.—(*Mas dueño de sí.*) Si; tu condenación y la mía; ya estamos castigados como merecíamos. Cuando él vivía nos apartábamos de él con cierto temor secreto, cierto remordimiento cobarde y latente. No podíamos sufrir el espectáculo de aquel ser que había de arrastrar por todas partes la... la... la...

RITA.—(*Quedo.*) La muleta.

ALLMERS.—Eso, si; y eso que llamamos ahora, nuestro pesar, nuestro duelo, no es más

que el remordimiento que nos roe las entrañas.

RITA.—*(Desesperada.)* ¡Ay! todo esto puede conducirnos á la desesperación, volvernos locos á los dos; porque jamás, jamás podremos reparar el mal que hemos hecho.

ALLMERS.—(*Con acento más sosegado.*) Esta noche he soñado que veía á Eyolf volver de la playa; podía correr como los demás niños y no le había acaecido daño alguno. Y yo pensaba, «todo aquello que me parecía atroz realidad, no era más que un sueño...» Ay, como daba yo gracias y bendecía (*Interrúmpese.*)

RITA.—(*Mirándole de hito en hito.*) ¿A quién?

ALLMERS —(*Huyendo la mirada de Rita*) ¿A quien?...

RITA.—Si, ¿á quién dabas las gracias y bendecías?

ALLMERS.—*(Dueño ya de si.)* No te he dicho que no era más que un sueño ..

RITA.—¿A quien bendecías? ¿A Uno en quien no crees?

ALLMERS.—Pero si... no sé como me pasó; estaba dominado por el sueño.

RITA —*(En tono de reprobación.)* No debías haberme enseñado á dudar, Alfredo.

ALLMERS.—¿Pues qué, preferías vivir de quimeras?

RITA.—Mas me hubiera valido. Al menos hubiera tenido algún consuelo en mi pena, y no estaría como estoy, sumida en la duda.

ALLMERS.—*(Con mirada penetrante.)* ¿Si pudiera cumplirse lo que desearas...? ¿Si pudieras hallarte donde Eyolf se halla ahora...?

RITA.—Si. ¿Qué?

ALLMERS.—¿Si adquirieras la certidumbre de

volverle á ver, de reconocerle y comprenderle?

RITA.—Sí, si, ¿que?

ALLMERS.—¿Querrías, para unirte á él, dar el salto mortal, renunciar á todo cuanto te rodea, despedirte para siempre de la vida terrena? ¿Querrías hacer eso, Rita?

RITA.—*(Débilmente.)* ¿Y eso había de ser, ahora mismo, enseguida?

ALLMERS.—Sí, hoy mismo. Respóndeme ¿lo querrías?

RITA.— (*Vacilando.)* No sé Alfredo... no; me parece que preferiría vivir á tu lado algún tiempo más todavía.

ALLMERS.—¿Y eso lo harías por mí?

RITA.—Si por tí.

ALLMERS.—Bien; pero si por mi no fuera ¿lo querrías? dí.

RITA.—No sé que decirte. Solo sé que no podría separarme de ti, nunca, nunca.

ALLMERS.—¿Y si yo fuera á unirme con Eyolf, si tuvieras tú la certeza de volvernos á ver allá, donde estuviéramos ¿vendrías?

RITA.—¡Ya lo creo! Si, pero...

ALLMERS.—¡Vamos!

RITA.—(*Con apagado gemido.)* No, no podría; lo comprendo bien; no podría hacerlo ni por todos los esplendores celestiales.

ALLMERS.—Pues yo... tampoco.

RITA.—¿Verdad que no Alfredo? Tú tampoco podrías.

ALLMERS.—No; porque somos hijos de la tierra y le pertenecemos.

RITA.—Si, la felicidad, tal como la comprendemos, solo aquí bajo la encontramos.

ALLMERS.—*(Sombrío.)* La felicidad... la felicidad...

RITA.—Vas á decir que la felicidad... no la encontraremos nunca más. (*Con mirada inte-*

rrogante.) Sin embargo si... *(Con viveza.)* ¡No me atrevo á decirlo ni á pensarlo siquiera!

ALLMERS.—Si, Rita, dilo, dilo.

RITA.— *(Vacilando.)* ¿Si probáramos... no podríamos olvidar?

ALLMERS.—¿Olvidar á Eyolf?

RITA. — Olvidar nuestros remordimientos y torturas.

ALLMERS.—¿Quisieras olvidarlos?

RITA.—A ser posible, si. *(Dando rienda suelta á su sentimiento.)* ¡Porque al fin y al cabo yo no podré soportar esta vida! Ay, ¿no podríamos hallar algo que nos proporcionara olvido?

ALLMERS — *(Meneando la cabeza.)* ¿Qué podría ser?

RITA. — ¡Acaso, marcharnos muy lejos de aquí?

ALLMERS.—¿Marcharte tú, que, fuera de aquí no estás bien en ningún sitio?

RITA.—Entonces vivir en sociedad; recibir visitas; rodearnos de lujo, dejarnos arrastrar por todo lo que aturda y embriague.

ALLMERS.—No podría acostumbrarme á tal género de vida. Y en ese caso preferiría volver á emprender mi trabajo.

RITA.—(*Con acento amargo.)* ¡Tu trabajo que se ponía entre ambos como espeso muro!

ALLMERS.—(*Lentamente con severa mirada.*) De hoy más es menester que exista ese muro entre nosotros.

RITA.—¿Por qué?

ALLMERS,—Porque pueden haber unos ojos de niño muy abiertos que nos miren de noche y de día.

RITA.—(*En voz baja estremeciéndose.*) ¡Ay, Alfredo... que idea tan horrible!

ALLMERS.—Nuestro amor ha sido fuego devorador. Es menester que se extinga.

RITA.—(*Acercándosele.*) ¿Que se extinga?

ALLMERS.—(*Con dureza.*) Extinguido está en uno de los dos

RITA.—(*Como petrificada*). ¿Y te atreves á decirmelo?

ALLMERS.—(*Algo más sosegado*) Ese amor ha muerto, Rita. Pero en medio del sentimiento que tú me inspiras ahora, á través de la comprensión de nuestra complicidad y de la necesidad de hacer penitencia, entreveo algo como una resurrección.

RITA.—(*Impetuosa.*) ¡Psé! ¡poco me importa así tal resurrección!

ALLMERS.—¡Rita! ..

RITA.—Mi sangre hierve y no soy de aquellos que viven medio soñando, y por cuyas venas corre agua en lugar de sangre. (*Retorciéndose las manos*) ¡Qué horror! tener que pasar toda mi vida encerrada con mis angustias y remordimientos al lado de un ser que no me pertenece ya!

ALLMERS.—¡Ello había de ocurrir tarde ó temprano!

RITA.—¿Y es posible que haya de terminar lo que comenzó por tan ardiente amor?

ALLMERS —Por mi parte no fué así.

RITA.—¿Pues que sentimiento te inspiré primeramente?

ALLMERS —El de miedo.

RITA.—Lo comprendo; pero en ese caso, ¿como pude conquistarte?

ALLMERS.—(*Con voz lúgubre*). Con el fuego devorador de tu belleza.

RITA.—(*Con mirada penetrante*). ¿Y nada más Alfredo?

ALLMERS. —(*Esforzándose*), No, había algo más.

RITA.—*(Con violencia).* ¡Sospecho lo que era! Mis *tesoros encantados* como tú dices, ¿no es así Alfredo?

ALLMERS.—Si.

RITA.—(*Con mirada llena de reprobación profunda).* ¿Es posible?...

ALLMERS.—Tenía que velar por Asta.

RITA.—*(Con aspereza).* ¡Ah, si, Asta! *(Con tono amargo).* De modo que ha sido Asta quien nos ha unido?

ALLMERS.—Sin saber nada en absoluto. Hoy todavía, nada sospecha,

RITA.—No importa; Asta fué (*Con sonrisa y mirada irónicas*). Pero no, mejor diré, el niño Eyolf. Ya sabes,.. el niño Eyolf.

ALLMERS.—¿Eyolf?...

RITA.—Si, Eyolf. ¿No llamabas de este modo á Asta? Si, bien lo recuerdo, un día me lo dijiste en cierto instante lleno de secreto, de fuego, de irresistible belleza. ¿Recuerdas aquel instante Alfredo?

ALLMERS.—*(Retrocediendo como estupefacto).* ¡No me acuerdo de nada ni quiero acordarme!

RITA.—*(Avanzando hacia él).* ¡Fué el instante en que nuestro Eyolf enfermó para siempre!

ALLMERS.—(*Apoyándose en la mesa, con voz lúgubre).* ¡Aquel fué el castigo!

RITA.—*(Amenazadora).* ¡Si, el castigo!

ESCENA IV.

Dichos, ASTA, y BORGHEIM, que llegan por la playa. Asta trae en la mano algunos nenúfares.

RITA.—*(Dominándose).* ¿Qué tal Asta? Tu y el Sr. Borgheim os habeis dicho ya cuanto teniais que deciros?

ASTA.—Ya lo creo; casi todo. (*Deja el paraguas y las flores en una silla*).

BORGHEIM.—La Srta. Allmers, se ha mostrado muy lacónica durante todo el paseo.

RITA.—¿De veras? pues Alfredo y yo nos hemos dicho cuanto podíamos decirnos; pueden ustedes creerlo.

ASTA.—(*Inquieta mirando á uno y otro*). ¿Qué ha pasado?

RITA.—Quiero decir que tenemos suficiente para toda la vida con lo que nos hemos dicho. (*Cambiando de tono*). Ea, vamonos de aquí los cuatro juntos. De hoy en adelante necesitamos compañía. Alfredo y yo no nos bastamos.

ALLMERS.—Bien, echad delante vosotros. (*Volviendo*). Asta, tengo que hablarte dos palabras.

RITA.—(*Mirándole*). ¡Ah sí?... pues usted conmigo, Sr. Borgheim.

(*Rita y Borgheim suben por el sendero*).

ESCENA V.

ASTA y ALLMERS.

ASTA.—(*Ansiosa*). ¿Qué pasa Alfredo?

ALLMERS.—(*Sombrío*). Pasa, que yo no puedo permanecer por más tiempo aquí

ASTA.—*Aquí* quiere decir, *con Rita*, ¿no es eso?

ALLMERS.—Si, Rita y yo no podemos vivir juntos por más tiempo.

ASTA.—(*Apretándole y sacudiéndole el brazo*). Pero Alfredo ¡es atroz lo que estás diciendo!

ALLMERS.—Es la verdad, pues no hacemos más que volvernos malvados mutuamente.

ASTA.—(*Dolorosamente emocionada*). ¡Ay, como podía yo figurarmel...

ALLMERS.—Tampoco yo me habia dado cuenta de ello hasta hoy.

ASTA.—Y ahora intentas... Vamos á ver que intentas ahora?

ALLMERS.—Quiero marcharme, alejarme de todo esto.

ASTA —¿Y volver á verte solo en el mundo?

ALLMERS.—*(Afirmando con la cabeza.)* Si, solo, como antes.

ASTA.—Pero tú no has nacido para vivir solo.

ALLMERS.—Si, bien lo demostré un tiempo.

ASTA.—Verdad; pero en aquel tiempo yo estaba contigo

ALLMERS —*(Tratando de tomar la mano.)* Si, y junto á ti quiero hallar otra vez refugio.

ASTA.—*(Retirando la mano.)* ¡Junto á mí! no, Alfredo eso es de todo punto imposible.

ALLMERS.—*(Con mirada entristecida.)* ¿De modo que es verdad; Borgheim nos separa?

ASTA.—*(Con viveza.)* No; te equivocas; nada tiene él que ver con esto.

ALLMERS.—Bien; pues entonces yo iré á tu casa amada hermana. ¡Lo necesito tanto! Si, es menester que yo vuelva á ti para reponerme y purificarme tras de haber pasado tantos años junto á esa...

ASTA.—*(Indignada.)* ¡Alfredo, no eres justo con Rita!

ALLMERS.—No he sido justo con ella pero en este instante lo soy. Ah, acuérdate Asta, acuérdate de lo que era mi vida estando contigo. Grande y serena era, como hermoso dia de fiesta.

ASTA.—Es verdad Alfredo. Pero de una existencia así no se goza dos veces.

ALLMERS —*(Con amargura.)* ¿Con eso quieres decir que el matrimonio me ha manchado para siempre?

ASTA.—*(Con calma)* No, no quiero decir eso.

ALLMERS.—Entonces, podemos revivir nuestra pasada existencia.

ASTA.—*(Resuelta.)* No podemos, Alfredo.
ALLMERS.—Si podemos. Porque el amor de hermano á hermana...
ASTA.—*(Interesada.)* Sigue...
ALLMERS.—Es el único lazo que escapa á la ley de tranformación.
ASTA.—*(Conturbada bajando la voz.)* Y si no estuviéramos...
ALLMERS.—¿Y si no estuviéramos, qué?
ASTA.—Unidos por ese lazo.
ALLMERS.—*(Mirándola estupefacto.)* ¿Cómo dices? No te entiendo.
ASTA.—Mejor será que te lo diga todo Alfredo.
ALLMERS.—Si, sí, habla.
ASTA.—Las cartas de madre, aquellas que guardo en mi carpeta...
ALLMERS.—Sigue.
ASTA.—Tómalas y léelas...cuando yo esté lejos de aquí.
ALLMERS.—¿Y eso por qué?
ASTA.—*(Presa de lucha interior.)* Por ellas sabrás...
ALLMERS.—¿Qué?
ASTA.—Que yo no tengo derecho á... usar el apellido de tu padre.
ALLMERS.—*(Aturdido por el golpe, retrocediendo.)* ¡Asta, que estás diciendo!
ASTA.—Lee aquellas cartas y lo verás, y lo comprenderás. Y acaso perdonarás á... madre también.
ALLMERS.—*(Apretándose la cabeza con ambas manos)* Yo enloquezco, mi cabeza estalla! ¿Es posible Asta que no seas tú...?
ASTA.—Alfredo, tú no eres mi hermano.
ALLMERS.—*(Resuelto con algo de reto en la mirada.)* Bueno, pero bién mirado ¿que hay de cambiado en nuestras relaciones? Nada en absoluto.

ASTA.—(*Meneando la cabeza.*) Todo, Alfredo. Ya no son relaciones de hermano á hermana.

ALLMERS.—Es cierto: pero no por eso dejarán de ser tan sagradas. Lo serán siempre.

ASTA.—Alfredo... no olvides que de hoy en adelante se encuentran sometidas á eso que tú acabas de llamar «ley de transformación »

ALLMERS.—(*Con mirada penetrante.*) ¿Eso es decir que. .

ASTA.—(*Con dulzura, enmocionada.*) No hablemos más, amado Alfredo... (*Tomando las flores que ha dejado en la silla.*) ¿Ves estos nenúfares?

ALLMERS.—(*Meneando lentamente la cabeza.*) ¡Esas plantas cuyas raíces penetran en el seno de las aguas profundas!

ASTA.—Las he hallado en la laguna pequeña á la misma entrada del *fiord*. (*Dándoseles á Allmers.*) ¿Las quieres?

ALLMERS.—(*Tomando las flores.*) Gracias.

ASTA.—(*Con los ojos llenos de lágrimas.*) Tómalas como último adiós de... Eyolf.

ALLMERS.—(*Mirándola.*) ¿De aquel Eyolf que está muy lejos de aquí... ó de tí?

ASTA.—(*Quedo.*) De los dos. (*Disponiéndose á partir.*) Ven, vamos á ver á Rita. (*Ella sube por el sendero,*)

ALLMERS.—(*Toma el sombrero y murmura dolorosamente.*) Asta, Eyolf... Eyolf... (*Sube por el sendero tras de Asta.*)

TELON

ACTO TERCERO

En el jardín de Allmers. Una colina cubierta de matorrales. En el fondo una balaustrada que domina una pendiente alta y escarpada, más allá de la cual, se dilata vasta perspectiva, sobre el *fiord* Cerca de la balaustrada. un mástil del que se ha arriado la bandera. A la izquierda una escalera que baja por la pendiente. En primer término, á la derecha, un pabellón tapizado de plantas trepadoras y de viña silvestre; ante el pabellón un banco. Oscurecer de un dia de verano; cielo claro; la sombra lo invade todo lentamente.—ASTA sentada en el banco con las manos cruzadas sobre las rodillas. Viste *pardesús*, sombrero y un saquito de viaje á modo de bandolera. A su lado una sombrilla.—Por el fondo, izquierda, llega BORGHEIM, con un saco de viaje como el de Asta. En la mano, arrollada, una bandera.

ESCENA PRIMERA

ASTA y BORGHEIM.

BORGHEIM.—(*Viendo á Asta.*) Por fin la encuentro.

ASTA.—Contemplo este paisaje por última vez.

BORGHEIM.—Hice bien, pues, en venir por aquí.

ASTA.—¿Andaba usted buscándome?

BORGHEIM.—Sí, me empeñé en no marcharme sin despedirme de usted... hasta otra vista; pues me parece que esta separación no será para siempre.

ASTA.—*(Con débil sonrisa.)* ¡Pero qué tenaz es usted!

BORGHEIM.—Mucha tenacidad necesita el que tiene por oficio abrir caminos.

ASTA.—¿Ha visto usted á Alfredo ó á Rita?

BORGHEIM.—He visto á los dos.

ASTA.—¿A los dos, juntos?

BORGHEIM.—No, por separado; á cada uno en su rincón.

ASTA.—¿Qué va usted á hacer con esa bandera?

BORGHEIM.—La señora Rita me ha rogado que la ize.

ASTA.—¿Cómo; quieren izar la bandera?

BORGHEIM.—Sí, á media asta; quiere Rita que flote al viento de noche y de día.

ASTA.—*(Suspirando.)* ¡Pobre Rita y pobre Alfredo!

BORGHEIM.—*(Mientras va desplegando la bandera.)* ¿No le duele á usted alejarse de ellos en estos instantes? Como la veo en traje de viaje...

ASTA.—*(Bajando la voz.)* Tengo que partir.

BORGHEIM —¡Ah! si es preciso...

ASTA.—¿No se vá usted también esta noche?

BORGHEIM — Sin falta; mañana tomaré el tren. ¿También usted?

ASTA.—No, yo me embarcaré.

BORGHEIM.—*(Mirándola un instante.)* De modo que, cada uno por su lado.

ASTA.—Sí. *(Mira sin moverse de su sitio a Borgheim como iza la bandera en el mastil y la pone á media asta. Terminada esta operación acércase á ella.)*

BORGHEIM.—¡Ay! señorita Asta no puede usted figurarse la pena que me ha causado la muerte de Eyolf!

ASTA.—(*Mirándole.)* Sí; ya lo sé.

BORGHEIM.—Tanta más pena cuanto que yo no he nacido para estar triste.

ASTA —(*Volviendo los ojos á la bandera.*) El tiempo se lleva todo... todas las penas.

BORGHEIM.—¿Lo cree usted así?

ASTA —Sí, como el viento que barre las nubes. Cuando usted se vea muy lejos de aquí...

ASTA.—Muy lejos había de estar para...

ASTA.—Además, se ocupará usted en una nueva obra, en esa nueva vía que ha de abrir.

BORGHEIM.—Sí; pero... no tengo quién me ayude.

ASTA.—¡Oh! alguien le habrá de ayudar.

BORGHEIM.—(*Meneando la cabeza.*) No; nadie, no tendré persona alguna con quien compartir mis alegrías. ¡Eso, eso es lo más triste!

ASTA —¿Acaso no es mejor ser solo á soportar las penas y fatigas?

BORGHEIM.—¡Bah!, para esas no se necesita compañía.

ASTA.—¿De modo que según usted... la alegría debe ser compartida?

BORGHEIM.—Sí; ¿dónde hallar sino, la felicidad?

ASTA.—Acaso tenga usted razón.

BORGHEIM.—Porque, vamos, puede uno guardar durante algún tiempo su gozo en el fondo del corazón; pero al fin y al cabo necesita algo más... ¡Vaya, que no puede haber gozo sino se lo comparten dos!

ASTA.—¿Dos siempre y nada más? ¿Nunca una muchedumbre?

BORGHEIM.—Bueno, bueno... usted habla de otras cosas.. Vamos á ver, señorita Asta, ¿usted no podría decidirse á compartir felicidad y alegría y... vaya, penas y fatigas también... con uno solo?

ASTA.—Ya lo probé... en cierta ocasión.

BORGHEIM.—¿Lo probó usted?

ASTA.—Sí cuando vivíamos juntos mi hermano y yo... Alfredo y yo.

BORGHEIM.—Bien, pero con su hermano... es distinto... En ese caso se trataba más de tranquilidad y bienestar que de felicidad.

ASTA.—No importa; era ¡tan dulce aquello!

BORGHEIM.—¡Ve usted! Cuando de aquel modo le parecía tan dulce, calcule usted lo que hubiera sido si... si se tratara de otro que fuera algo más que hermano.

ASTA.—*(Hace un movimiento como para levantarse, pero se queda sentada.)* En ese caso, no hubiéramos permanecido juntos Entonces era yo muy niña y él un niño casi.

BORGHEIM.—*(Tras corta pausa.)* ¿Y dice usted que era muy dulce aquello?

ASTA.—Ay si; en extremo.

BORGHEIM.—¿Y qué cosa era la que le producía á usted tal bienestar?

ASTA.—¡Oh! eran tantas!

BORGHEIM.—Dígame usted alguna.

ASTA.—Bien mirado no eran más que pequeñeces...

BORGHEIM.—Bueno... cuénteme usted alguna.

ASTA.—Entre ellas recuerdo la época que siguió al exámen de Alfredo; ¡salió tan airoso de él! Poco á poco le fueron encargando de algunas clases en los colegios... Paréceme también que le veo cuando escribía, ocupado en algún trabajo que luego me leía, y que más tarde era publicado por alguna revista.

BORGHEIH.—Si ya comprendo. Sería aquella una tranquila y apacible existencia, puesto que en ella hermano y hermana compartían sus alegrías. *(Meneando la cabeza.)* Lo que no se me alcanza es como su hermano ha renunciado á usted.

ASTA.—(*Conteniéndo su turbación.*) Alfredo se casó y. .

BORGHEIM.—¿Y esa separación le ha sido á usted muy dolorosa, verdad?

ASTA.—Sí, en un principio. Me parecía que le había perdido para siempre.

BORGHEIM.—Por fortuna no era así.

ASTA.—No.

BORGHEIM.—Pero lo mismo tiene; no comprendo porque se decidió á casarse cuando podía tenerla á usted siempre á su lado.

ASTA. (*Con la vista vaga.*) Supongo que experimentaría la ley de transformación.

BORGHEIM.—¿La ley de transformación?

ASTA.—Sí; es una frase suya.

BORGHEIM.—Esa ley... esa ley para mí no vale un comino.

ASTA.—(*Levantándose.*) Acaso acabará usted por creer en ella

BORGHEIM.—¡Nunca! (*Insistente*) ¡Vaya, señorita Asta, póngase usted en razón... por última vez se lo pido. Ya sabe usted á qué me refiero

ASTA.—(*Con viveza.*) No, no, no volvamos á hablar más de ese asunto.

BORGHEIM.—(*Insistiendo, obstinado.*) Si Asta sí; porque yo no puedo dejarla á usted de esta manera. Ahora que su hermano tiene cuanto deseaba, ya no la necesita ¿que falta le hace usted? Y además, hay una cosa que ha cambiado enteramente la situación de usted aquí.

ASTA.—(*Con sobresalto.*) ¿Cuál es?

BORGHEIM.—Me refiero á la muerte del niño ¿á qué pensaba usted que me refería?

ASTA.—(*Reponiéndose.*) Sí, es verdad; la muerte del niño.

BORGHEIM.—Siendo así ¿qué puede retenerla aquí? Puesto que no tiene usted que cui-

dar más del pobre mocito, ni deberes ni obligación de ninguna clase para con persona alguna...

ASTA.—Le ruego á usted querido Borgheim, que no insista de esa manera.

BORGHEIM.—¡Pero sí es que soy un loco sino hago todo lo posible para que usted se decida! Un día de estos me marcho. Acaso no la encuentre á usted aquí nunca más, ¡Quizá estaremos muchísimo tiempo sin vernos y á saberlo que puede ocurrir durante ese tiempo.

ASTA —*(Con grave sonrisa.)* ¿Ve usted como á su pesar le teme usted á la ley de transformación?

BORGHEIM.—No por cierto. *(Con amarga sonrisa)* Además ¿qué ha de transformarse, al menos en usted? porque bien conozco que se le importa á usted poco de mi.

ASTA.—Ya sabe usted que eso es así.

BORGHEIM.—Bueno. pero no se le importa todo lo que yo quisiera. *(Más enérgico.)* Pero ¡por Dios Asta, señorita Asta: ¡es una insensatez lo que está usted haciendo, una verdadera insensatez!¿Cómo, toda la felicidad de nuestra vida consiste acaso en esto, nos está esperando y nosotros dejamos que espere en vano? ¿Le parece á usted que no nos arrepentiremos de esto algún día?

ASTA - (*A media voz.*) ¡Qué se yo! sea como quiera debemos renunciar.

BORGHEIM.—*(La mira conteniendo su emoción.)* ¿Y habré de verme solo al abrir los nuevos caminos?

ASTA.—*(Con ardor.)* ¡Ay si yo pudiera ayudar á usted, asistirle en sus tareas y compartir sus alegría . .

BORGHEIM. - ¿De modo que si usted pudiera lo haría?

ASTA.—Sí; lo haría.
BORGHEIM.—¿Pero no puede usted, verdad?
ASTA.—(*Bajando la vista.*) ¿Se contentaría usted con poseerme á medias.
BORGHEIM.—No; quiero poseerla á usted por entero.
ASTA.—(*Tranquila, mirándole.*)En ese caso, no puedo.
BORGHEIM —Bien; adiós señorita Asta *(Se dispone á marcharse, pero se detiene al ver llegar por la izquierda á Allmers que sube por la pendiente.*

ESCENA II

Dichos y ALLMERS.

ALLMERS.—(*Subiendo todavía, dice con voz contenida señalando al pabellón.*) ¿Está Rita en el pabellón?
BORGHEIM.—No; aqui nada más está la señorita Asta. (*Allmers se acerca.*)
ASTA —(*Yendo á recibirle.*) ¿Quieres que vaya á buscarla y te la traiga?
ALLMERS.—(*Con viveza.*) ¡No, no, por favor! (*A Borgheim.*) ¿Ha sido usted el que ha izado la bandera?
BORGHEIM. Sí, la señorita Rita me rogó que la izara; por eso he subido aquí.
ALLMERS.—¿Y sigue usted empeñado en partir esta noche?
BORGHEIM.—Si, estoy decidido á ello.
ALLMERS.—(*Indicando á Asta con la mirada.*) Bien acompañado por supuesto.
BORGHEIM.—No; me voy solo.
ALLMERS.—(*Con sorpresa.*) ¿Solo?
BORGHEIM.—Si, solito.
ALLMERS.—(*Distraído.*) ¡Vaya, vaya!...
BORGHEIM.—Y sólo permaneceré siempre.
ALLMERS.—El verse solo tiene un no se qué,

horrible; á mi me produce así, cierto escalofrío...

ASTA.—Bien pero... tú no estás sólo, Alfredo.

ALLMERS.—No por eso es menos atroz mi existencia.

ASTA.—*Llena de penosa emoción.*) ¡Oh, no digas eso ni pienses de ese modo!

ALLMERS.—*(Sin escucharle.)* Y puesto que no has de acompañar á nadie, ni nada te obliga á hacer lo contrario, ¿porque no te quedas aquí conmigo y con Rita?

ASTA.—*(Inquieta.)* Eso no puede ser; tengo que ir á la ciudad sin pérdida de tiempo.

ALLMERS.—A la ciudad, bueno; pero no más lejos. ¿Me entiendes Asta?

ASTA.—Sí.

ALLMERS.—¿Me prometes volver pronto?

ASTA.—*(Bruscamente.)* No, por ahora no puedo prometértelo.

ALLMERS.—Bueno, como quieras; de ese modo ya nos veremos allá.

ASTA.—*(Con voz suplicante.)* Oye, Alfredo; tú no puedes alejarte de Rita en estos instantes.

ALLMERS.—*(Sin contestarle, volviéndose á Borgheim.)* Acaso vale más que no tenga usted compañera de viaje.

BORGHEIM.—*(Protestando.)* ¿Por qué dice usted eso?

ALLMERS.—Porque, á saber si luego en camino encontraría usted á alguien que...

ASTA.—*(Involuntariamente.)* ¡Alfredo!

ALLMERS.—Que fuese su leal compañero. Y entonces ya no habría remedio.

ASTA.—¡Alfredo! ¡Alfredo!

BORGHEIM.—*(Mirándoles alternativamente.)* ¿Qué significa esto? No entiendo... *(Viene Rita por el segundo término, derecha.)*

ESCENA III

Dichos y RITA.

RITA.—*(Con voz quejosa.)* ¿Ay, por qué me abandonáis todos?

ASTA.—*(Dirigiéndose hacia ella.)* Tú nos dijiste que te dejáramos sola.

RITA.—Si pero no puedo... esa sombra me horriza! ¡Por todas partes me parece ver unos ojos muy abiertos que me miran fijamente!

ASTA.—*(Con voz dulce y compasiva.)* Aunque los vieras en realidad, no debieran darte miedo esos ojos.

RITA.—¿Porque no habían de darme miedo...?

ALLMERS.—*(Insistiendo.)* Por favor Asta quédate aquí, con Rita.

RITA.—Si y con Alfredo, ¡Asta por favor!

ASTA.—*(Luchando consigo misma)* ¡Ay, yo bien quisiera!

RITA.—Bueno, pues te quedas, porque Alfredo y yo no podemos luchar solos con el dolor.

ALLMERS.—*(Sombrío.)* ¡Dí más bien con el remordimiento!

RITA.—¡Ah, como quiera que le llamcs no podremos soportarlo solos. Oye, lo que te suplico Asta; quédate y socórrenos; sé para nosotros lo que era Eyolf.

ASTA.—*(Retrocediendo.)* ¿Lo que era Eyolf?

RITA —Si, que ocupe su puesto ¿verdad que sí Alfredo?

ALLMERS.—Si ella quiere... y puede ..

RITA.—¿No la llamabas en tiempos tu niño Eyolf? *(Asiendo la mano de Asta.)* De hoy en adelante Asta. tu serás nuestro niño Eyolf; volverás á ser el Eyolf de antes.

ALLMERS.—*(Con emoción.)* Quédate Asta y

comparte la existencia con nosotros, con Rita y conmigo tu... hermano?

ASTA.—*(Dividida, desasiéndose)* No puedo, no, (*Volviéndose á Borgheim.*) Borgheim ¿cuándo sale el vapor?

BORGHEIM.—Ahora, enseguida.

ASTA.—Entonces debo darme prisa. ¿Quiere usted venir conmigo?

BORGHEIM.—(*Conteniendo un grito de gozo.*) ¡Que si quiéro! Si, si, mil veces si.

ASTA.—Véngase pues.

RITA.—*(Despacio* ¡Ah conque ¿esas tenemos? por eso no te querías quedar con nosotros.

ASTA.—*(Echándole los brazos al cuello.)* Rita, gracias por todo lo que has hecho por mi. (*A Alfredo asiéndole la mano.*) ¡Adiós Alfredo! ¡Adiós adiós!

ALLMERS.—(*Sobrecogido, á media voz*) ¿Qué significa esto? Parece que huyes.

ASTA.—*(Dominando su angustia.)* Si Alfredo, huyo.

ALLMERS.—¿Huyes de mí?

ASTA.—(*En voz baja.*) De tí... y de mi misma.

ALLMERS.—*(Retrocediendo.)* ¡Ah! *Asta desciende rápidamente por la pendiente. Borgheim saluda agitando el sombrero y va tras ella. Rita se apoya en la puerta del pabellón. Allmers fuertemente conturbado se arrima á la balaustrada y permanece inmóvil, mirando a bajo. Pausa.)*

ESCENA ÚLTIMA

ALLMERS y RITA.

ALLMERS.—*(Volviéndose y aparentando tranquilidad.)* Mira, Rita; ya llega el vapor.

RITA.—No me atrevo á mirar.

ALLMERS.—¿Que no te atreves?

RITA.—No; no puedo ver aquel par de ojos de fuego, uno verde y otro rojo.

ALLMERS.—Pero, Rita, si son dos faroles.

RITA.—Son dos ojos, si... para mí lo son: miran desde lo profundo de las tinieblas; miran también á las tinieblas.

ALLMERS.—Ya aborda.

RITA.—¿En qué sitio?

ALLMERS —(*Acercándose.*) Como de costumbre, querida Rita, en el desembarcadero.

RITA.—(*Irguiéndose.*) ¡Y por qué aborda en ese sitio!

ALLMERS —¿Acaso no es el de costumbre?

RITA.—Es el sitio en que Eyolf... ¿Por qué abordan ahí. Dios mío?

ALLMERS.—Si Rita; la vida es despiadada.

RITA.—Los hombres no tienen corazón; con nada tienen miramientos; ni con los vivos ni con los muertos.

ALLMERS.—Tienes razón: la vida prosigue su carrera como si no hubiera pasado nada.

RITA.—(*Mirando fijamente ante sí.*) Bien se ve, no ha pasado nada; ¡á los demás que se les importa! El golpe no alcanza más que á nosotros.

ALLMERS.—(*Transido de dolor*) Sí, Rita... ¡para eso le engendramos en el dolor, para que partiera sin dejar rastro!

RITA —No nos queda más que la muleta.

ALLMERS.—(*Con violencia*) ¡Cálláte; ¡no quiero oir más esa palabra!

RITA.—(*Lamentándose*). ¡Ay pensar que le perdimos!

ALLMERS.—(*En tono frío y acerbo.*) Te importaba tan poco de él, cuando vivía, que se pasaban dias enteros sin que le vieras.

RITA.—Es que entonces sabía yo que podía verle cuando quisiera.

ALLMERS.—Sí, así hemos perdido el poco

tiempo que estuvo con nosotros el pobre Eyolf.

RITA.—(*Prestando oido, angustiada.)* ¿Oyes? ¡Esa campana otra vez!

ALLMERS.—(*Mirando hacia el lado del* fiord.*)* Es la campana del vapor que va á salir.

RITA.—No digo esa campana; sino otra que estoy oyendo todo el día. ¡Ya suena otra vez!

ALLMERS.—(*Acercándose á ella.)* Te engañas Rita.

RITA.—No; la oigo perfectamente; parece que dobla... lenta, lenta... y repite siempre las mismas palabras

ALLMERS —¡Palabras! ¿qué palabras?

RITA.—*(Marcando el ritmo con la cabeza.)* «La mu... le... ta.» «La mu... le... ta...» Tú debes de oirla también.

ALLMERS.—*(Meneando la cabeza.)* No oigo nada. No se oye nada.

RITA.—Bueno: dí lo que quieras yo oigo perfectamente

ALLMERS.—(*Mirando más allá de la balaustrada.*) Ya están á bordo Rita; ya les lleva el barco á la ciudad.

RITA.—Pero es posible que no oigas... «La mu-le-ta.» «La mu-le-ta»

ALLMERS.—*(Acercándose.)* No debieras hacer caso de tales quimeras; te digo que Asta y Borgheim están ya á bordo del vapor que les lleva á la ciudad. Ya partió Asta.

RITA —*(Con timidez.)* Entonces no tardarás mucho en partir tú también

ALLMERS.—*(Con brusquedad.)* ¿Qué quieres decir con eso?

RITA.—Que irás á unirte con tu hermana.

ALLMERS.—¿Te ha dicho Asta tal cosa?

RITA.—No, pero tú mismo lo has dicho: Asta fué la... la que nos unió.

ALLMERS.—Bien, pero luego me acabaste de unir á tí con todos los lazos de la vida ordinaria.

RITA —Sí; pero yo no soy para tí la que era antes; el fuego devorador se extinguió ya.

ALLMERS.—Y apesar de todo, adaptándonos á la ley de transformación, acaso podríamos seguir unidos.

RITA —*(Meneando lentamente la cabeza)* Ya la siento en mí la ley de transformación; la siento atrozmente.

ALLMERS.—¿Atrozmente?

RITA.—Si. Es algo así como si diera á luz.

ALLMERS.—Mejor dijeras como una resurrección, el tránsito á una vida más alta.

RITA — *Con desesperación.*) Si, pero á costa de la felicidad, de toda la felicidad de la vida.

ALLMERS.—Esa pérdida es una ganancia, Rita.

RITA —(*Con violencia.)* Palabras hueras; porque al fin y al cabo ¿no somos hijos de la tierra?

ALLMERS.—Sí Rita; con parentesco lejano con los cielos y la mar.

RITA.—Lo tendrás tú pero no yo.

ALLMERS.—Acaso sí; y más de lo que imaginas.

RITA.—(*Dando un paso hacia él.*) Escucha Alfredo: ¿te sería posible volver á tu trabajo?

ALLMERS.—¿Aquel trabajo tan odiado por tí?

RITA.—Es que ahora ya sé contentarme con poco: consiento en compartir.

ALLMERS —¿Por qué?

RITA.—Para guardarte junto á mí nada más; para que te quedes aquí: eso me basta.

ALLMERS —Ay Rita; de poco puedo servirte ya.

RITA.—Pero acaso yo podría prestarte ayuda.

ALLMERS.—¿En el trabajo?

RITA.—No; en vivir la vida.

ALLMERS.—*(Meneando la cabeza.)* Me parece que no hay para mi vida que viva.

RITA.—Al menos yo te ayudaré á soportarla.

ALLMERS.—(*Con mirada fija y sombría.*) Me parece que sería mejor para los dos separarnos.

RITA.—(*Con mirada penetrante.*) ¿Y á dónde piensas ir; á casa de Asta al fin y al cabo?

ALLMERS.—A casa de Asta no; nunca.

RITA.—¿A dónde irías pues?

ALLMERS.—Allá arriba, á las soledades.

RITA.—¿A los *fiaells*, verdad?

ALLMERS.—Sí.

RITA.—¡Ay Alfredo que quimeras! No podrías vivir allí.

ALLMERS.—Y sín embargo hacia allí me siento atraído.

RITA.—¿Por qué, dí?

ALLMERS.—Siéntate; voy á referirte una cosa que...

RITA.—¿Qué te ha pasado en aquellas alturas?

ALLMERS.—Si.

RITA.—¿Y qué nos has ocultado á Asta y á mi?

ALLMERS.—Si.

RITA.—¡Claro, como eres tan reservado!

ALLMERS.—Siéntate; voy á decírtelo.

RITA.—Sí, sí, habla. (*Siéntase en un banco frente al pabellón*)

ALLMERS.—Estaba yo solo allí arriba en los *fiaells* desiertos, y ante mi un gran lago, que tenía que atravesar á toda costa, pero no me era posible, pues no disponía de embarcación alguna, ni había ser viviente en muchas leguas á la redonda.

RITA.—Y entonces ..

ALLMERS.—Entonces me determiné á tomar por un valle lateral, para internarme acto seguido en la montaña, esperando encontrar algún desfiladero que me condujera á la orilla opuesta.

RITA.—¿Y te extraviaste verdad?

ALLMERS.—Si, me equivoqué de dirección; no había camino ni sendero alguno; estuve andando un día y una noche enteros y ya perdía toda esperanza de volver á verme entre los hombres.

RITA.—¿De volver á vernos verdad? ¡Como pensarias entonces en nosotros!

ALLMERS.—No, no pensaba.

RITA.—¿No?

ALLMERS.—Cosa rara; parecíame que tú, Eyolf y Asta estábais lejos, muy lejos de mí.

RITA.—¿En quién pensabas pues?

ALLMERS.—No pensaba; caminaba costeando los abismos, y saboreaba la paz y la suavidad que causa la sensación de la muerte.

RITA.—(*Con sobresalto*) ¡No me hables así del inmenso terror!

ALLMERS.—Pues eso es lo que sentía y no me daba angustia, no; sino que me parecía que la muerte y yo caminábamos juntos, como buenos camaradas. Ello me parecía entonces la cosa más sencilla y natural del mundo. Ya sabes que en mi familia pocos llegamos á viejos.

RITA.—¡Ah, cállate por Dios! Gracias á El pudiste escapar de allí.

ALLMERS.—Sí; de pronto, sin saber como, me vi en la orilla opuesta como deseaba.

RITA.—Aunque ahora no lo confieses ¡qué noche de angustia pasarías!

ALLMERS.—Fué una noche de inspiración; en ella tomé la determinación de volver y ocuparme de Eyolf.

RITA.—(*Quedo.*) Harto tarde ya.

ALLMERS.—Sí; el *camarada* vino y se lo llevó: entonces si que todo se volvió espanto; si,

todo lo que no tenemos valor para abandonar, Rita, pues somos míseros esclavos de la tierra.

RITA.—(*Con una chispa de alegría.*) Tienes razón Alfredo; hasta tú lo eres. (*Acercándosele.*) ¡Ah! vivamos, gocemos juntos de la vida, cuanto nos sea posible!

ALLMERS.—(*Encogiendo los hombros.*) ¡Vivir sin tener en que emplearla! Donde quiera que miro solo veo vacío y desolación.

RITA.—(*Angustiosa.*) ¡Ay, tarde ó temprano me abandonarás Alfredo, ¡bien lo veo y lo presiento, si, me abandonarás

ALLMERS.—¿Para ir en pos del *camarada* verdad?

RITA.—No, peor aun; me abandonarás con toda tu voluntad; pues solo junto á mi te parece vacía la vida. Dime la verdad: ¿es esto lo que piensas?

ALLMERS.—(*Mirándola á la cara.*) ¿Y si así fuera qué? (*Debajo de la balaustrada se oye violento ruido y furioso vocerío. Allmers sale a la balaustrada.*)

RITA.—¿Qué pasa? (*Dando un grito.*) ¡Ay veras cómo le han hallado!

ALLMERS.—Jamás le hallarán.

RITA.—¿Qué pasa entonces?

ALLMERS.—(*Volviendo al primer término.*)Nada, que se ha armado camorra como de costumbre.

RITA —¿En la playa?

ALLMERS.—Si; debería derribarse ese caserío. Claro; ya habrán llegado los hombres, borrachos como siempre y empiezan á pegar á los chiquillos. ¿Oyes cómo gritan? ¡pobrecillos! sus madres piden socorro...

RITA.—¿Te parece que mandemos á alguien a lá?

ALLMERS.—(*Con tono irritado.*) ¡Para socorrer-

les, cuando ellos no han socorrido á Eyolf! No, dejémosles que perezcan, como Eyolf pereció.

RITA.—¡Ay Alfredo, no debías pensar ni hablar así!

ALLMERS.—No puedo hacerlo de otra manera; y creo que es preciso derribar todas esas barracas podridas.

RITA.—¿Y qué sería de esa muchedumbre de infelices?

ALLMERS.—Que se las arreglen como puedan.

RITA.—¿Pero, y los niños?

ALLMERS.—¿Y al fin y al cabo qué importa lo que pueda ser de ellos?

RITA.—(*Con voz severa y reprobatoria.*) ¡Te esfuerzas en ser cruel, Alfredo!

ALLMERS.—(*Con violencia,*) ¡He adquirido el derecho á serlo! ¡Es mi deber!

RITA.—¿Tu deber?

ALLMERS.—Mi deber para con Eyolf. Es menester vengarle; piénsalo bien, Rita, y acuérdate de lo que te digo: no quiero que quede ni una choza de esas en cuanto yo parta.

RITA.—(*Con mirada profunda.*) ¡En cuanto tú partas!...

ALLMERS.—Al menos tendrás en qué ocuparte ¡harto lo necesitas!

RITA.—(*En tono firme y resuelto.*) Razón tienes; harto lo necesito. ¿Pero sabes lo que voy á hacer en cuanto tú partas?

ALLMERS.—¿Qué, vamos á ver?

RITA.—(*Lentamente y con decisión.*) En cuanto me hayas dejado, bajaré á la costa, iré por todos esos infelices niños y los traeré aquí á casa. Si, á esos niños tan mal educados y haraposos.

ALLMERS.—¿Y qué vas á hacer con ellos?

RITA.—Tenerlos aquí conmigo.

ALLMERS.—¿Contigo?

RITA.—Así lo quiero. En cuanto partas tú, aquí estarán ellos como si fueran mis propios hijos

ALLMERS.—(*Indignado*) ¿Y ellos ocuparán el puesto de Eyolf?

RITA.—Si lo ocuparán; vivirán en las habitaciones en que él vivió, leerán sus libros, jugarán con sus juguetes, y se sentarán por turno en la silla en que se sentaba á la mesa.

ALLMERS.—¡Qué locuras! porque nadie menos capaz que tú para llevar á cabo semejante obra.

RITA.—Por eso habré de ponerme á la altura de esa obra hasta que adquiera experiencia y aprenda el modo de llevarla á feliz término.

ALLMERS.—Si es cierto lo que dices, por fuerza has de haber experimentado una grande transformación.

RITA.—Así es, Alfredo; gracias á tí, que has dejado un lugar vacío en mi alma, lugar que yo he de llenar con algo que se asemeje al amor.

ALLMERS.—(*Queda un instante pensativo contemplando á Rita.*) La verdad es que hemos hecho muy poco por esos seres infelices de abajo.

RITA.—No hemos hecho nada.

ALLMERS.—Todo lo más hemos pensado en ellos alguna vez, muy de tarde en tarde.

RITA.—Y nunca, doliéndonos de sus males.

ALLMERS.—Apesar de poseer «El tesoro encantado...»

RITA.—Nuestras manos estaban cerradas para ellos y nuestros corazones también.

ALLMERS.—(*Afirmando con la cabeza.*) Por eso no es extraño, si bien se mira, que no hayan puesto en peligro sus vidas para salvar á nuestro Eyolf.

RITA.—(*Bajando la voz.*) Oyeme ahora, Alfredo ¿estás seguro de que nosotros hubiéramos puesto en peligro las nuestras en tal ocasión?

ALLMERS.—(*Turbado.*) ¡Rita, tu no puedes poner en duda que ..

RITA.—¡Pero no ves que tenemos tanto apego á la tierra!

ALLMERS.—¡Bueno, en resumidas cuentas que te propones hacer por esos pobres niños?

RITA.—Quiero ante todo crearles una existencia más suave y más noble que la que ahora viven.

ALLMERS.—Si tal cosa logras, Eyolf no habrá vivido en vano.

RITA.—Ni en vano le habremos perdido.

ALLMERS. — (*Mirándola fijamente.*) Pero ten presente Rita, que á esa obra no te impulsa el amor.

RITA.—Es verdad; al menos por ahora.

ALLMERS.—¿Qué te impulsa pues á ella?

RITA.—(*Contestando con evasivas.*) ¡Cómo has hablado tanto con Asta de la responsabilidad humana!

ALLMERS.—Sí, me refería al libro que tanto has odiado.

RITA.—Al que tanto odio todavía; pero yo asistía á esas conversaciones, y escuchaba, y ahora, voy á probar yo misma la eficacia de tales teorías: trabajaré sola, como Dios me de á entender.

ALLMERS.—(*Meneando la cabeza.*) No, ese libro que quedó sin acabar, no puede ser la causa de tu determinación.

RITA.—No en absoluto; otra causa me animó á el o.

ALLMERS.—¿Cuál es?

RITA —(*Quedo, con sonrisa triste.*) Es que quisiera que me fueran propicios aquellos ojazos abiertos.

ALLMERS.—(*Mirándola estupefacto.*) ¿Y si me uniera á tí y te ayudara Rita?

RITA.—¿Lo harías?

ALLMERS.—Si estuviera seguro de poder hacerlo...

RITA.—(*Titubeando.*) Pero entonces tendrías que quedarte aquí.

ALLMERS.—(*Bajando la voz.*) Si probáramos ..

RITA.—(*Con voz apenas perceptible.*) Si, Alfredo, probemos. (*Pausa. Allmers iza la bandera hasta lo más alto del mastil. Rita apoyada en la pared del pabellón observa atenta la operación*)

ALLMERS.— (*Volviendo.*) Rita, penosa vida de trabajo se nos prepara.

RITA.—Verás... verás como la paz del domingo será con nosotros de vez en cuando.

ALLMERS.—(*Con recogimiento y emoción.*) Acaso entonces sentiremos la presencia de los espíritus.

RITA —(*Quedo.*) ¿De los espíritus?

ALLMERS.—(*En el mismo tono.*) Si; quizá vendrán á vernos alguna vez... aquellos que hemos perdido.

RITA.—(*Meneando la cabeza lentamente.*) Nuestro Eyolf pequeño y tu Eyolf grande.

ALLMERS.—(*Con la mirada fija.*) Quien sabe si de vez en cuando... en el camino de nuestra vida divisaremos algún destello de ambos.

RITA —¿Y para ello adonde habremos de mirar?

ALLMERS.—(*Fijando en élla su mirada*). A lo alto.

RITA.—(*Afirmando con la cabeza.*) Si sí... A lo alto.

ALLMERS.—A lo alto de las cumbres; caminando hacia las estrellas y hacia el gran silencio.

RITA.—(*Tendiéndole la mano.*) ¡Gracias!

TELON

EATRO ANTIGUO Y MODERNO

Colección de las mejores obras dramáticas á 1 peseta el tomo

sen.—Halvard Solness.—Hedda Gabler.—os puntales de la sociedad.—Un enemigo del ueblo.—Casa de muñeca.—La unión de los óvenes.—Brand.—El pato silvestre.—Espec-ros.—La dama del mar.—Rosmersholm.—l niño Eyolf.

rindberg.—La señorita Julia.

akespeare.—Hamlet.—Otelo.—La fiere-illa domada.

lzac.—Lucha eterna.

dermann.—El Honor.

rlowe.—Fausto.

gano.—Mas allá de la vida.—El dominador.

eterlinck.—La intrusa.—Los ciegos.—In-erior.

Tirso de Molina.—D. Gil de las calzas v
des.—El vergonzoso en palacio.—La Villa
de Vallecas.
Moratín. — El si de las niñas. — El médic
palos.
Hauptmann.—Almas solitarias.
Calderón.—La vida es sueño.
Dumas.—La dama de las camelias.

BIBLIOTECA SELECTA

Janet.—Filosofía de la felicidad, 1 pta.
Salustio.—Conjuración de Catilina, 0'75 pe
tas.
Wagner.—Mis ideas, 1 pta.
Espronceda. — Desesperación. — Arrepen
miento. 0'50 ptas.
Zola.—¡Yo acuso!—0'50 ptas.

Manual de la conversación Español - Fran
—1 tomo de más de 300 páginas 1 peseta.

TEATRO ANTIGUO Y MODERN

Colección de las mejores obras dramáticas

Ibsen.—Halvard Solness.
» —Hedda Gabler.
» —Los puntales de la sociedad.
» —Un enemigo del pueblo.
» —Casa de muñeca.
» —La unión de los jóvenes.
» —Brand.
» —El pato silvestre.
» —Espectros.
» —La dama del mar.
» —Rosmersholm.
» —El niño Eyolf
Shakespeare.—Hamlet.
» —Otelo.
» —La fierecilla domada.
Balzac.—Lucha eterna.
Strindberg.—La señorita Julia.
Sudermann.—El honor.
Marlowe.—Fausto
Pagano.—Más allá de la v
» El dominador.
Maeterlinck.—La intrusa.—
ciegos.—Inte
T. de Molina—D. Gil de las
calzas ve
» El vergonzos
pal
» La Villana
Vall
Moratin.—El sí de las niñas.
» médico a p
Hauptmann.—Almas solita
Calderón.—La vida es sueñ
Dumas.—La dama de las
camel

NOVEDAD

Emilio Zola. — ¡YO ACUSO!

0'50 p